

# El Alcalde de Zalamea

[Teatro - Texto completo.]

Pedro Calderón de la Barca

## Personas que hablan en ella:

- El REY, don Felipe II
- Don LOPE de Figueroa
- Don ÁLVARO de Atayde, capitán
- Un SARGENTO
- SOLDADOS
- REBOLLEDO, soldado
- La CHISPA, soldadera
- Pedro CRESPO, labrador
- JUAN, hijo de Pedro Crespo
- ISABEL, hija de Pedro Crespo
- INÉS, prima de Isabel
- Don MENDO, hidalgo gracioso
- NUÑO, criado de don Mendo
- Un ESCRIBANO
- VILLANOS

---

## JORNADA PRIMERA

*Salen REBOLLEDO, la CHISPA, y algunos SOLDADOS*

REBOLLEDO:     ¿Cuerpo de Cristo con quien

de esta suerte hace marchar

de un lugar a otro lugar

sin dar un refresco!

TODOS:                   ¿Amén!

REBOLLEDO:     ¿Somo gitanos aquí,  
para andar de esta manera?  
¿Una arrollada bandera  
nos ha de llevar tras sí  
con una caja...

SOLDADO 1:               ¿Ya empiezas?

REBOLLEDO:     ...que este rato que calló  
nos hizo merced de no  
rompernos estas cabezas?

SOLDADO 2:     No muestres de eso pesar,  
si ha de olvidarse, imagino,  
el cansancio del camino  
a la entrada del lugar.

REBOLLEDO:     ¿A qué entrada, si voy muerto?

Y aunque llegue vivo allá  
sabe mi Dios si será  
para alojar; pues es cierto  
llegar luego al comisario  
los alcaldes a decir,  
que si es que se pueden ir,  
que darán lo necesario.

Responderle lo primero  
que es imposible, que viene  
la gente muerta; y, si tiene  
el concejo algún dinero,  
decir, "Señores, soldados,  
orden hay que no paremos;  
luego al instante marchemos."

Y nosotros, muy menguados,  
a obedecer al instante  
orden, que es, en caso tal,  
para él orden monacal,  
y para mi mendicante.

Pues, ¡voto a Dios!, que si llego  
esta tarde a Zalamea,  
y pasar de allí desea  
por diligencia o por ruego,  
que ha de ser sin mí la ida;  
pues no, con desembarazo  
será el primero tornillazo  
que habré yo dado en mi vida.

SOLDADO 1: Tampoco será el primero,  
que haya la vida costado  
a un miserable soldado;  
y más hoy, si considero,  
que es el cabo de esta gente  
don Lope de Figueroa,  
que, si tiene tanta loa  
de animoso y de valiente  
la tiene también de ser  
el hombre más desalmado,  
jurador y renegado  
del mundo, y que sabe hacer  
justicia del más amigo,  
sin fulminar el proceso.

REBOLLEDO: ¿Ven ustedes todo eso?

Pues yo haré lo que yo digo.

SOLDADO 2: ¿De eso un soldado blasona?

REBOLLEDO: Po mí muy poco me inquieta;  
sino por esa pobreta  
que viene tras la persona.

CHISPA: Seor Rebolledo, por mí  
vuecé no se aflija, no;  
que bien se sabe que yo  
barbada el alma nací;  
y ese temor me deshonra,  
pues no vengo yo a servir  
menos, que para sufrir  
trabajos con mucha honra;  
que para estarme, en rigor,  
regalada, no dejara  
en mi vida, cosa es clara,  
la casa del regidor,  
donde todo sobra, pues  
al mes mil regalos vienen;  
que hay regidores, que tienen  
menos regla con el mes;  
y pues a venir aquí  
a marchar y perecer  
con Rebolledo, sin ser  
postema, me resolví,  
por mí ¿en qué duda o repara?

REBOLLEDO: ¡Viven los cielos, que eres  
corona de las mujeres!

SOLDADO 2: Aquesa es verdad bien clara.  
¡Viva la Chispa!

REBOLLEDO: ¡Reviva!  
Y más, si, por divertir

esta fatiga de ir  
cuesta abajo y cuesta arriba,  
con su voz al aire inquieta  
una jácara o canción.

CHISPA: Responda a esa petición  
citada la castañeta.

REBOLLEDO: Y yo ayudaré también.  
Sentencien los camaradas  
todas las partes citadas.

SOLDADO 1: ¡Vive Dios, que han dicho bien!

***Cantan REBOLLEDO y la CHISPA***

CHISPA: "Yo soy tirititaina,  
flor de la jacarandana.

REBOLLEDO: "Yo soy tirititina,  
flor de la jacarandina.

CHISPA: "Vaya a la guerra el alférez,  
y embáquese el capitán.

REBOLLEDO: "Mate moros quien quisiere;  
que a mí no me han hecho mal.

CHISPA: "Vaya y venga la tabla al horno,  
y a mí no me falte pan.

REBOLLEDO: "Huéspedea, máteme una gallina,  
que el carnero me hace mal."

SOLDADO 1: Aguarda; que ya me pesa  
--que íbamos entretenidos  
en nuestros mismos oídos---,  
caballeros, de ver esa  
torre, pues es necesario  
que donde paremos sea.

REBOLLEDO: ¿Es aquélla Zalamea?

CHISPA: Dígalo su campanario.

No sienta tanto vusté,  
que cese el cantico ya;  
mil ocasiones habrá  
en lograrle; porque  
esto me divierte tanto,  
que como de otras no ignoran,  
que a cada cosa lloran,  
yo a casa cosica canto,  
y oirá ucé jácaras ciento.

REBOLLEDO: Hagamos aquí alto, pues  
justo, hasta que venga, es  
con la orden el sargento,  
por si hemos de entrar marchando  
o en tropas.

SOLDADO 2: Él solo es quien  
llega ahora. Mas también  
el capitán esperando  
está.

***Salen don ÁLVARO y el SARGENTO***

ÁLVARO: Señores soldados,  
albricias puedo pedir;  
de aquí no hemos de salir,  
y hemos de estar alojados  
hasta que don Lope venga  
con la gente, que quedó  
en Llerena; que hoy llegó  
orden de que se prevenga  
toda, y no salga de aquí

a Guadalupe, hasta que  
junto todo el tercio esté,  
y él vendrá luego; y así  
del cansancio bien podrán  
descansar algunos días.

REBOLLEDO: Albricias pedir podías.

TODOS: ¡Vitor nuestro capitán!

ÁLVARO: Ya está hecho el alojamiento.

El comisario irá dando  
boletas, como llegando  
fueren.

CHISPA: Hoy saber intento,  
por qué dijo, voto a tal,  
aquella jacarandina;  
"Huésped, máteme una gallina;  
que el carnero me hace mal."

*Vanse todos, y quedan el CAPITÁN y el SARGENTO*

ÁLVARO: Señor sargento, ¿ha guardado  
las boletas para mí  
que me tocan?

SARGENTO: Señor, sí.

ÁLVARO: ¿Y dónde estoy alojado?

SARGENTO: En la casa de un villano,  
que el hombre más rico es  
del lugar, de quien después  
he oído, que es el más vano  
hombre del mundo, y que tiene  
más pompa y más presunción,  
que un infante de León.

ÁLVARO: Bien a un villano conviene

rico aquesa vanidad.

SARGENTO: Dicen, que esta es la mejor  
casa del lugar, señor;  
y si va a decir verdad,  
yo la escogí para ti,  
no tanto porque lo sea,  
como porque en Zalamea  
no hay tan bella mujer...

ÁLVARO: Di.

SARGENTO: ...como una hija suya.

ÁLVARO: Pues,  
¿por muy hermosa y muy vana  
será más que una villana  
con malas manos y pies?

SARGENTO: ¡Que haya en el mundo quien diga  
eso!

ÁLVARO: ¿Pues no, mentecato?

SARGENTO: ¿Hay más bien gastado rato  
--a quien amor no le obliga,  
sino ociosidad no más--  
que el de una villana, y ver,  
que no acierta a responder  
a propósito jamás?

ÁLVARO: Cosa es que en toda mi vida,  
ni aun de paso, me agradó;  
porque en no mirando yo  
aseada y bien prendida  
una mujer, me parece  
que no es mujer para mí.

SARGENTO: Pues para mí, señor, sí,



cualquiera que se me ofrece.

Vamos allá; que por Dios,  
que me pienso entretener  
con ella.

ÁLVARO:               Quieres saber

¿cuál dice bien de los dos?

El que una belleza adora,  
dijo, viendo a la que amó,  
"Aquella es mi dama," y no,  
"Aquella es mi labradora."

Luego si dama se llama  
la que se ama, claro es ya,  
que en una villana está  
vendido el nombre de dama.

Mas, ¿qué ruido es ese?

SARGENTO:               Un hombre,

que de un flaco rocinante  
a la vuelta de esa esquina  
se apeó, y en rostro y talle  
parece aquel Don Quijote  
de quien Miguel de Cervantes  
escribió las aventuras.

ÁLVARO:               ¡Qué figura tan notable!

SARGENTO:           Vamos, señor; que ya es hora.

ÁLVARO:               Lléveme el sargento antes

a la posada la ropa,  
y vuelva luego a avisarme.

*Vanse. Salen don MENDO, hidalgo de figura, y [NUÑO, su] criado*

MENDO:               ¿Cómo va el rucio?

NUÑO: Rodado,  
pues no puede menearse.

MENDO: ¿Dijiste al lacayo, di,  
que un rato le pasease?

NUÑO: ¡Qué lindo pienso!

MENDO: No hay cosa  
que tanto a un bruto descanse.

NUÑO: Aténgome a la cebada.

MENDO: ¿Y que a los galgos no aten,  
dijiste?

NUÑO: Ellos se holgarán  
mas no el carnicero.

MENDO: Baste;  
y pues que han dado las tres,  
cálzome palillo y guantes.

NUÑO: ¿Si te prenden el palillo  
por palillo falso?

MENDO: Si alguien,  
que no he comido un faisán,  
dentro de sí imaginare,  
que allá dentro de sí miente,  
aquí y en cualquiera parte  
lo sustentaré.

NUÑO: ¿Mejor  
no sería sustentarme  
a mí que al otro, que en fin  
te sirvo?

MENDO: ¡Que necesidades!  
En efecto, ¿que han entrado  
soldados a questa tarde

en el pueblo?

NUÑO: Sí, señor.

MENDO: Lástima da el villanaje  
con los huéspedes que espera.

NUÑO: Más lástima da y más grande  
con los que no espera...

MENDO: ¿Quién?

NUÑO: La hidalguez, y no te espante;  
que, si no alojan, señor,  
en casa de hidalgos a nadie,  
¿por qué piensas que es?

MENDO: ¿Por qué?

NUÑO: Porque no se mueran de hambre.

MENDO: En buen descanso esté el alma  
de mi buen señor y padre,  
pues en fin me dejó una  
ejecutoria tan grande,  
pintada de oro y azul,  
exención de mi linaje.

NUÑO: Tomáramos que dejara  
un poco del oro aparte.

MENDO: Aunque, si reparo en ello,  
y si va a decir verdades,  
no tengo que agradecerle  
de que hidalgo me engendrase;  
porque yo no me dejara  
engendrar, aunque él porfiase,  
sino fuera de una hidalgo,  
en el vientre de mi madre.

NUÑO: Fuera de saber difícil.

MENDO: No fuera, sino muy fácil.

NUÑO: ¿Cómo, señor?

MENDO: Tú en efecto  
filosofía no sabes,  
y así ignoras los principios.

NUÑO: Sí, mi señor, y aun los antes  
y postres, desde que como  
contigo; y es, que al instante  
mesa divina es tu mesa,  
sin medios, postres ni antes.

MENDO: Yo no digo esos principios.  
Has de saber que el que nace  
sustancia es del alimento,  
que antes comieron sus padres...

NUÑO: ¿Luego tus padres comieron?  
Esa maña no heredaste.

MENDO: ...esto después se convierte  
en su propia carne y sangre;  
luego si hubiera comido  
el mío cebolla, al instante  
me hubiera dado el olor,  
y hubiera dicho yo, "Tate,  
que no me está bien hacerme  
de excremento semejante."

NUÑO: Ahora digo que es verdad.

MENDO: ¿Qué?

NUÑO: Que adelgaza la hambre  
los ingenios.

MENDO: Majadero,  
¿téngola yo?

NUÑO:                        No te enfades;  
que, sino la tienes, puedes  
tenerla; pues de la tarde  
son ya las tres, y no hay greda,  
que mejor las manchas saque,  
que tu saliva y la mía.

MENDO:        Pues, ¿esa es causa bastante  
para tener hambre yo?  
Tengan hambre los gañanes;  
que no somos todos unos;  
que a un hidalgo no le hace  
falta el comer...

NUÑO:                        ¡Oh quién fuera  
hidalgo!

MENDO:                Y más no me hables  
de esto, pues ya de Isabel  
vamos entrando en la calle.

NUÑO:        ¿Por qué, si de Isabel eres  
tan firme y rendido amante,  
a su padre no la pides?  
Pues con esto tú y su padre  
remediaréis de una vez  
entrambas necesidades;  
tú comerás, y él hará  
hidalgos sus nietos.

MENDO:                No hables  
más Nuño, calla. ¿Dineros  
tanto habían de postrarme,  
que a un hombre llano por fuerza  
había de admitir?

NUÑO:                   Pues antes  
pensé, que ser hombre llano  
para suegro era importante;  
pues de otros dicen, que son  
tropezones, en que caen  
los yernos; y si no has  
de casarte, ¿por qué haces  
tantos extremos de amor?

MENDO:       ¿Pues no hay, sin que yo me case,  
Huelgas en Burgos, adonde  
llevarla, cuando me enfade?  
Mira, si acaso la ves.

NUÑO:       Temo si acierta a mirarme  
Pero Crespo.

MENDO:               ¿Qué ha de hacer,  
siendo mi criado, nadie?  
Haz lo que manda tu amo.

NUÑO:       Sí, haré. Aunque no he de sentarme  
con él a la mesa.

MENDO:               Es propio  
de los que sirven, refranes.

NUÑO:       Albricias que, con su prima  
Inés, a la reja sale.

MENDO:       Di que por el bello oriente,  
coronado de diamantes,  
hoy, repitiéndose el sol,  
amanece por la tarde.

*Salen a la ventana ISABEL e INÉS, labradoras*  
INÉS:       Asómate a esa ventana,  
prima, así el cielo te guarde,

verás los soldados, que entran  
en el lugar.

ISABEL:               No me mandes,  
que a la ventana me ponga,  
estando ese hombre en la calle,  
Inés, pues ya, en cuánto el verle  
en ella me ofende, sabes.

INÉS:                En notable tema ha dado  
de servirte y festejarte.

ISABEL:            No soy más dichosa yo.

INÉS:                A mi parecer, mal haces  
de hacer sentimiento de esto.

ISABEL:            Pues, ¿qué había de hacer?

INÉS:                                Donaire.

ISABEL:            ¿Donaire de los disgustos?

*[MENDO habla] a ISABEL*

MENDO:            Hasta aqueste mismo instante  
jurara yo a fe de hidalgo,  
--que es juramento inviolable--  
que no había amanecido;  
mas, ¿qué mucho que lo extrañe,  
hasta que a vuestras auroras  
segundo día les sale?

ISABEL:            Ya os he dicho muchas veces,  
señor don Mendo, cuán en balde  
gastáis finezas de amor,  
locos extremos de amante  
haciendo todos los días  
en mi casa y en mi calle.

MENDO:            Si las mujeres hermosas

supieran, cuanto las hace  
más hermosas el enojo,  
el rigor, desdén y ultraje,  
en su vida gastarían  
más afeite, que enojarse.  
Hermosa estáis, por mi vida;  
decid, decid más pesares.

ISABEL: Cuando no baste el decirlos,  
don Mendo, el hacerlos baste,  
de aquesta manera: Inés,  
éntrate allá dentro, y dale  
con la ventana en los ojos.

*Vase [ISABEL]*

INÉS: Señor caballero andante,  
que de aventurero entráis  
siempre en lides semejantes,  
porque de mantenedor,  
no era para vos tan fácil,  
Amor os provea.

*Vase [INÉS]*

MENDO: Inés,  
las hermosuras se salen  
con cuanto ellas quieren. ¡Nuño!

NUÑO: ¡Oh qué desairados nacen  
todos los pobres!

*Sale Pedro CRESPO, labrador*

CRESPO: (¡Que nunca **Aparte**  
entre y salga yo en mi calle,  
que no vea a este hidalgo  
pasearse en ella muy grave!)

NUÑO: Pedro Crespo viene aquí.



MENDO: Vamos por esta otra parte,  
que es villano malicioso.

*Sale JUAN, su hijo*

JUAN: (¡Que siempre que venga halle **Aparte**  
esta fantasma a mi puerta,  
calzado de frente y guantes!)

NUÑO: Pero acá viene su hijo.

MENDO: No te turbes ni embaraces.

CRESPO: Mas Juanico viene aquí.

JUAN: Pero aquí viene mi padre.

MENDO: Disimula. Pedro Crespo,  
Dios os guarde.

CRESPO: Dios os guarde.

*Vanse don MENDO y NUÑO*

(Él ha dado en porfiar **Aparte**  
y alguna vez he de darle  
de manera que le duela.)

JUAN: (Algún día he de enojarme.) **Aparte**  
¿De adónde bueno, señor?

CRESPO: De las eras; que esta tarde  
salí a mirar la labranza,  
y están las parvas notables  
de manojos y montones,  
que parecen al mirarse  
desde lejos montes de oro,  
y aun oro de más quilates  
pues de los granos de aqueste,  
es todo el cielo el contraste.  
Allí el bieldo, hiriendo a soplos  
el viento en ellos süave,

deja en esta parte el grano  
y la paja en la otra parte;  
que aun allí lo más humilde  
da el lugar a lo más grave.  
¿Oh, quiera Dios, que en las trojes  
yo llegue a encerrarlo, antes  
que algún turbión me lo lleve  
o algún viento me la tale!  
Tú, ¿qué has hecho?

JUAN:                       No sé cómo  
decirlo, sin enojarte.  
A la pelota he jugado  
dos partidos esta tarde,  
y entrambos los he perdido.

CRESPO:     Naces bien, si los pagaste.

JUAN:     No los pagué; que no tuve  
dineros para ellos; antes  
vengo a pedirte, señor...

CRESPO:     Pues escucha antes de hablarme;  
dos cosas no has de hacer nunca,  
no ofrecer los que no sabes  
que has de cumplir, ni jugar  
más de lo que está delante,  
porque, si por accidente  
falta, tu opinión no falte.

JUAN:     El consejo es como tuyo,  
y por tal debo estimarle;  
y he de pagarte con otro:  
en tu vida no has de darle  
consejo al que ha menester

dinero.

CRESPO:            ¡Bien te vengaste!

***Sale el SARGENTO***

SARGENTO:    ¿Vive Pedro Crespo aquí?

CRESPO:        ¿Hay algo que usted le mande?

SARGENTO:    Traer a casa la ropa

de don Álvaro de Atayde,  
que es el capitán de aquesta  
compañía, que esta tarde  
se ha alojado en Zalamea.

CRESPO:        No digáis más, esto baste;

que para servir al Rey,  
y al Rey en sus capitanes,  
están mi casa y mi hacienda.

Y en tanto, que se le hace  
el aposento, dejad

la ropa en aquella parte,  
e id a decirle que venga,  
cuando su merced mandare,  
a que se sirva de todo.

SARGENTO:    Él vendrá luego al instante.

***Vase [el SARGENTO]***

JUAN:          ¡Que quieras, siento tú rico,

vivir a estos hospedajes  
sujeto!

CRESPO:        Pues, ¿cómo puedo

excusarlos ni excusarme?

JUAN:          Comprando una ejecutoria.

CRESPO:        Dime por tu vida, ¿hay alguien

que no sepa que yo soy,

si bien de limpio linaje,  
hombre llano? No, por cierto.  
Pues, ¿qué gano yo en comprarle  
una ejecutoria al Rey  
si no le compro la sangre?  
¿Dirán entonces que soy  
mejor que ahora? No, es dislate.  
Pues, ¿qué dirán? Que soy noble  
por cinco o seis mil reales;  
y esto es dinero y no es honra;  
que honra no la compra nadie.  
¿Quieres, aunque sea trivial  
un ejemplillo escucharme?  
"Es calvo un hombre mil años,  
y al cabo de ellos se hace  
una cabellera. Éste,  
en opiniones vulgares,  
¿deja de ser calvo? No.  
Pues, ¿qué dicen al mirarle?  
Bien puesta la caballera  
trae fulano." Pues, ¿qué hace,  
si, aunque no le vean la calva,  
todos que la tiene saben?

JUAN:        Enmendar su vejación,  
remediarse de su parte,  
y redimir vejaciones  
del sol, del hielo y del aire.

CRESPO:     Yo no quiero honor postizo  
que el defecto ha de dejar  
en casa. Villanos fueron

mis abuelos y mis padres;

sean villanos mis hijos.

Llama a tu hermana.

JUAN: Ella sale.

*Salen ISABEL e INÉS*

CRESPO: Hija, el Rey, nuestro señor,

que el cielo mil años guarde,

va a Lisboa, porque en ella

solicita coronarse

como legítimo dueño;

a cuyo efecto, marciales

tropas caminan con tantos

aparatos militares

hasta bajar a Castilla

el tercio viejo de Flandes

con un don Lope, que dicen

todos que es español Marte.

Hoy han de venir a casa

soldados, y es importante,

que no te vean. Así, hija,

al punto has de retirarte

en esos desvanes, donde

yo vivía.

ISABEL: A suplicarte

me dieses esta licencia

venía yo. Sé que el estarme

aquí es estar solamente

a escuchar mil necedades.

En ese cuarto mi prima

y yo estaremos, sin que nadie

ni aun el sol mismo, no sepa  
de nosotras.

CRESPO: Dios os guarde.

Juanico, quédate aquí.  
Recibe a huéspedes tales,  
mientras busco en el lugar  
algo con qué regalarles.

*Vase [Pedro CRESPO]*

ISABEL: Vamos, Inés.

INÉS: Vamos, prima.

(Mas tengo por disparate **Aparte**  
el guardar una mujer  
si ella no quiere guardarse.)

*Vanse [ISABEL e INÉS]. Salen don ÁLVARO y el SARGENTO*

SARGENTO: Ésta es, señor, la casa.

ÁLVARO: Pues del cuerpo de guardia al punto pasa  
toda mi ropa.

SARGENTO: Quiero  
registrar la villana lo primero.

*Vase [el SARGENTO]*

JUAN: Vos seáis bien venido  
a aquesta casa; que ventura ha sido  
grande venir a ella un caballero  
tan noble como en vos le considero.

(¡Qué galán y alentado! **Aparte**  
Envidia tengo al traje de soldado.)

ÁLVARO: Vos seáis bien hallado.

JUAN: Perdonaréis, no estar acomodado;  
que mi padre quisiera  
que hoy un alcázar esta casa fuera.  
Él ha ido a buscaros

que comáis, que desea regalaros,  
y yo voy a que esté vuestro aposento  
aderezado.

ÁLVARO:                   Agradecer intento  
la merced y el cuidado.

JUAN:           Estaré siempre a vuestros pies postrado.

*Vase [JUAN] y sale el SARGENTO*

ÁLVARO:       ¿Qué hay, sargento? ¿Has ya visto  
a la tal labradora?

SARGENTO:                   ¡Vive Cristo!  
Que con aquese intento  
no he dejado cocina ni aposento  
y que no la he topado.

ÁLVARO:       Sin duda el villanchón la ha retirado.

SARGENTO:    Pregunté a una criada  
por ella, y respondiíme que ocupada  
su padre la tenía  
en ese cuarto alto, y que no había  
de bajar nunca acá, que es muy celoso.

ÁLVARO:       ¿Qué villano no ha sido malicioso?  
De mí digo, que, si hoy aquí la viera,  
caso de ella no hiciera;  
y sólo porque el viejo la ha guardado,  
deseo, vive Dios, de entrar me ha dado  
donde está.

SARGENTO:                   Pues, ¿qué haremos,  
para que allá, señor, con causa entremos,  
sin dar sospecha alguna?

ÁLVARO:       Solo por tema la he de ver, y una  
industria he de buscar.

SARGENTO: Aunque no sea  
de mucho ingenio para quien la vea  
hoy, no importará nada;  
que con eso será más celebrada.

ÁLVARO: Óyela pues ahora.

SARGENTO: Di, ¿qué ha sido?

ÁLVARO: Tú has de fingir... Mas no, pues que ha venido  
ese soldado, que es más despejado,  
él fingirá mejor lo que he trazado.

***Salen REBOLLEDO y la CHISPA***

REBOLLEDO: Con este intento vengo  
a hablar al capitán, por ver si tengo  
dicha en algo.

CHISPA: Pues háblale de modo  
que le obliges; que en fin no ha de ser todo  
desatino y locura.

REBOLLEDO: Préstame un poco tú de tu cordura.

CHISPA: Poco y mucho pudiera.

REBOLLEDO: Mientras hablo con él, aquí me espera.

***[Habla REBOLLEDO] a don ÁLVARO***

Yo vengo a suplicarte...

ÁLVARO: En cuanto puedo  
ayudaré, por Dios, a Rebolledo,  
porque me ha aficionado  
su despejo y su brío.

SARGENTO: Es gran soldado.

ÁLVARO: Pues, ¿qué hay que se le ofrezca?

REBOLLEDO: Yo he perdido  
cuanto dinero tengo y he tenido  
y he de tener, porque de pobre juro,



en presente, en pretérito y futuro.

Hágaseme merced de que por vía  
de ayudilla de costa aqueste día  
el alférez me dé...

ÁLVARO: Diga, ¿qué intenta?

REBOLLEDO: El juego del boliche por mi cuenta;  
que soy hombre cargado  
de obligaciones y hombre al fin honrado.

ÁLVARO: Digo que eso es muy justo,  
y el alférez sabrá que este es mi gusto.

***[La CHISPA habla aparte]***

CHISPA: (Bien le habla el capitán. ¡Oh si me viera  
llamar de todos ya la bolichera!)

REBOLLEDO: Daréle ese recado.

ÁLVARO: Oye. Primero  
que le lleves, de ti fiarme quiero  
para cierta invención que he imaginado,  
con que salir intento de un cuidado.

REBOLLEDO: Pues, ¿qué es lo que se aguarda?  
Lo que tarda en saberse, es lo que tarda  
en hacerse.

ÁLVARO: Escúchame. Yo intento  
subir a ese aposento  
por ver sien él una persona habita,  
que de mí hoy esconderse solicita.

REBOLLEDO: Pues, ¿por qué no le subes?

ÁLVARO: No quisiera,  
sin que alguna color para esto hubiera,  
por disculparlo más; y así, fingiendo  
que yo riño contigo, has de irte huyendo

por ahí arriba. Yo entonces enojado  
la espada sacaré. Tú muy turbado  
has de entrarte hasta donde  
esta persona que busque se esconde.

REBOLLEDO: Bien informado quedo.

CHISPA: (Pues habla el capitán con Rebolledo  
hoy de aquella manera,  
desde hoy me llamarán la bolichera.)

*[Habla REBOLLEDO]en alta voz*

REBOLLEDO: ¡Voto a Dios que han tenido  
esta ayuda de costa, que he pedido,  
un ladrón, un gallina y un cuitado,  
y ahora que la pide un hombre honrado,  
¿se la dan?

CHISPA: (¡Ya empieza su tronera!)

ALVARO: Pues, ¿cómo me habla a mí de esa manera?

REBOLLEDO: ¿No tengo de enojarme  
cuando tengo razón?

ÁLVARO: No, ni ha de hablarme;  
y agradezca que sufro aqúeste exceso.

REBOLLEDO: Ucé es mi capitán, sólo por eso  
callaré. Mas, ¡por Dios!, que si yo hubiera  
la bengala en mi mano...

ÁLVARO: ¿Qué me hiciera?

CHISPA: ¡Tente, señor! (Su muerte considero.)

REBOLLEDO: ...que me hablara mejor.

ÁLVARO: ¿Qué es lo que espero,  
que no doy muerte a un pícaro atrevido?

REBOLLEDO: Huyo, por el respeto que he tenido  
a esa insignia.

ÁLVARO: Aunque huyas,  
te he de matar.

CHISPA: (Ya él hizo de las suyas.)

SARGENTO: ¡Tente, señor!

CHISPA: ¡Escucha!

SARGENTO: ¡Aguarda, espera!

CHISPA: (Ya no me llamarán la bolichera.)

***Éntrale acuchillando y salen JUAN con espada y Pedro CRESPO***

JUAN: ¡Acudid todos presto!

CRESPO: ¿Qué ha sucedido aquí?

JUAN: ¿Qué ha sido aquesto?

CHISPA: Que la espada ha sacado  
el capitán aquí para un soldado,  
y esa escalera arriba  
sube tras él.

CRESPO: ¿Hay suerte más esquiva?

CHISPA: Subid todos tras él.

JUAN: Acción fue vana  
esconder a mi prima y a mi hermana.

***Éntranse y salen REBOLLEDO huyendo, e ISABEL e INÉS***

REBOLLEDO: Señoras, si siempre ha sido  
sagrado el que es templo, hoy  
sea mi sagrado aqueste,  
pues es templo del Amor.

ISABEL: ¿Quién a vos de esa manera  
os obliga?

INÉS: ¿Qué ocasión  
tenéis de entrar hasta aquí?

ISABEL: ¿Quién os sigue o busca?

***Salen don ÁLVARO y el SARGENTO***

ÁLVARO: Yo;



lo es también; porque hoy en vos  
alianza están jurando  
hermosura y discreción.

*Salen Pedro CRESPO y JUAN, las espadas desnudas*

CRESPO: ¿Cómo es eso, caballero?

¿Cuando pensó mi temor  
hallaros matando a un hombre,  
os hallo...

ISABEL: (¡Válgame Dios!) **Aparte**

CRESPO: ...requebrando a una mujer?

Muy noble sin duda sois,  
pues que tan presto se os pasan  
los enojos.

ÁLVARO: Quien nació

con obligaciones debe  
acudir a ellas; y yo  
al respeto de esta dama  
suspendí todo el furor.

CRESPO: Isabel es hija mía,  
y es labradora, señor,  
que no dama.

JUAN: (¡Vive el cielo **Aparte**

que todo ha sido invención,  
para haber entrado aquí!  
Corrido en el alma estoy  
de que piensen, que me engañan,  
y no ha de ser.) Bien, señor  
capitán, pudierais ver  
con más segura atención  
lo que mi padre desea

hoy serviros, para no  
haberle hecho este disgusto.

CRESPO:     ¿Quién os mete en eso a vos,  
rapaz? ¿Que disgusto ha habido?  
Si el soldado le enojó,  
¿no había de ir tras él?  
Mi hija os estima el favor  
del haberle perdonado,  
y el de su respeto yo.

ÁLVARO:     Claro está, que no habrá sido  
otra causa, y ved mejor  
lo que decís.

JUAN:             Yo lo veo  
muy bien.

CRESPO:           Pues, ¿cómo habláis vos  
así?

ÁLVARO:           Porque estáis delante,  
más castigo no le doy  
a este rapaz.

CRESPO:           Detened,  
señor capitán; que yo  
puedo tratar a mi hijo  
como quisiere, y vos no.

JUAN:     Y yo sufrirlo a mi padre,  
mas a otra persona no.

ÁLVARO:     ¿Qué habíais de hacer?

JUAN:             Perder  
la vida por la opinión.

ÁLVARO:     ¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN:     Aquella misma que vos;

que no hubiera un capitán  
sino hubiera un labrador.

ÁLVARO: ¡Vive Dios, que ya es bajeza  
sufrirlo!

CRESPO: Ved que yo estoy  
de por medio.

*Sacan las espadas*

REBOLLEDO: ¡Vive Cristo,  
Chispa, que ha de haber hurgón!

CHISPA: ¡Aquí del cuerpo de guardia!

REBOLLEDO: ¡Don Lope, ojo avisor!

*Sale don LOPE con hábito, muy galán, y bengala*

LOPE: ¿Qué es aquesto? ¿La primera  
cosa que he de encontrar hoy,  
acabdo de llegar,  
ha de ser una cuestión?

ÁLVARO: (¡A qué mal tiempo don Lope **Aparte**  
de Figueroa llegó!)

CRESPO: (¡Por Dios, que se las tenía **Aparte**  
con todos el rapagón!)

LOPE: ¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?  
Hablad, porque, ¡votos a Dios!,  
que a hombres, mujeres y casa  
eche por un corredor!  
¿No me basta haber subido  
hasta aquí, con el dolor  
de esta pierna, que los diablos  
llevarán, amén, si no  
no decirme, "Aquesto ha sido"?

CRESPO: Todo eso es nada, señor.

LOPE: Hablad, decid la verdad.

ÁLVARO: Pues es que alojado estoy  
en esta casa; un soldado...

LOPE: Decid.

ÁLVARO: ...ocasión me dio  
a que sacase con él  
la espada. Hasta aquí se entró  
huyendo. Entréme tras él  
donde estaban esas dos  
labradoras, y su padre  
o su hermano--o lo que son--  
se han disgustado de que  
entrase hasta aquí.

LOPE: Pues yo  
a tan buen tiempo he llegado,  
satisfaré a todos hoyt.  
¿Quién fue el soldado, decid,  
que a su capitán le dio  
ocasión de que sacase  
la espada?

REBOLLEDO: (¡A que pago yo **Aparte**  
por todos!)

ISABEL: Aquéste fue  
el que huyendo hasta aquí entró.

LOPE: Denle dos tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Tras... ¿Qué me han de dar, señor?

LOPE: Tratos de cuerda.

REBOLLEDO: Yo hombre  
de estos tratos no soy.

CHISPA: (De esta vez me lo estropean.) **Aparte**



ÁLVARO: (¡Ah, Rebolledo, por Dios, **Aparte**

que nada digas! Yo haré

que te libren.)

REBOLLEDO: *[REBOLLEDO habla] aparte a él*  
(¿Cómo no

lo he de decir, pues si callo,

los brazos me pondrán hoy

atrás, como mal soldado?)

*A don LOPE*

El capitán me mandó

que fingiese la pendencia,

para tener ocasión

de entrar aquí.

CRESPO: Ved ahora,

si hemos tenido razón.

LOPE: No tuvisteis, para haber

así puesto en ocasión

de perderse este lugar.

¡Hola! Echa un bando tambor:

--Que al cuerpo de guardia vayan

los soldados cuantos son,

y que no salga ninguno,

pena de muerte, en todo hoy--

Y para que no quedéis

con aqueste empeño vos,

y vos con este disgusto,

y satisfechos los dos,

buscad otro alojamiento;

que yo en esta casa estoy

desde hoy alojado, en tanto

que a Guadalupe no voy  
donde está el Rey.

ÁLVARO:                   Tus preceptos,  
órdenes precisas son  
para mí.

*Vanse los soldados*

CRESPO:                Entraos allá dentro.

*Vanse ISABEL, INÉS y JUAN*

Mil gracias, señor, os doy  
por la merced, que me hicisteis  
de excusarme una ocasión  
de perderme.

LOPE:                   ¿Cómo habíais,  
decid, de perderos vos?

CRESPO:     Dando muerte a quien pensara  
ni aun el agravio menor.

LOPE:        ¿Sabes, ¡voto a Dios!, que es  
capitán?

CRESPO:        Sí, ¡voto a Dios!,  
y aunque fuera él general,  
en tocando a mi opinión  
le matara.

LOPE:            A quien tocara  
ni aun al soldado menor  
sólo un pelo de la ropa,  
¡por vida del cielo!, yo  
le ahorcara.

CRESPO:        A quien se atreviera  
a un átomo de mi honor,

¡por vida también del cielo!,  
que también le ahorcara yo.

LOPE:       ¿Sabéis que estáis olbigado  
a sufrir, por ser quien sois,  
estas cargas?

CRESPO:               Con mi hacienda,  
pero con mi fama no.  
Al Rey la hacienda y la vida  
se ha de dar; pero el honor  
es patrimonio del alma,  
y el alma sólo es de Dios.

LOPE:       ¡Juro a Cristo!, que parece  
que vais teniendo razón!

CRESPO:       Sí, ¡juro a Cristo!, porque  
siempre la he tenido yo.

LOPE:       Yo vengo cansado, y esta  
pierna, que el diablo me dio,  
ha menester descansar.

CRESPO:       Pues, ¿quién os dice que no?  
Ahí me dio el diablo una cama,  
y servirá para vos.

LOPE:       ¿Y dióle hecha el diablo?

CRESPO:               Sí.

LOPE:       Pues a deshacerla voy,  
que estoy, ¡voto a Dios!, cansado.

CRESPO:       Pues descansad, ¡voto a Dios!

LOPE:       (Testarudo es el villano;       **Aparte**  
también jura como yo.)

CRESPO:       (Caprichoso es el don Lope       **Aparte**  
no haremos migas los dos.)

## FIN DE LA PRIMERA JORNADA

---

### JORNADA SEGUNDA

*Salen don MENDO y NUÑO, su criado*

MENDO: ¿Quién os contó todo esto?

NUÑO: Todo esto contó Ginesa,  
su criada.

MENDO: ¿El capitán,  
después de aquella pendencia,  
que en su casa tuvo, fuése?  
¿Ya verdad o ya cautela,  
ha dado en enamorar  
a Isabel?

NUÑO: Y es de manera,  
que tan poco humo en su casa  
él hace, como en la nuestra  
nosotros. Él todo el día  
no se quita de su puerta.  
No hay hora, que no le envíe  
recados; con ellos entra  
y sale un mal soldadillo,  
confidente suyo.

MENDO: ¡Cesa!  
Que es mucho veneno, mucho,  
para que el alma lo beba  
de una vez.

NUÑO:                    Y más no habiendo  
                              en el estómago fuerzas  
                              con que resistirle.

MENDO:                    Hablemos  
                              un rato, Nuño, de veras.

NUÑO:                    ¡Pluguiera a Dios fueran burlas!

MENDO:                    ¿Y qué le responde ella?

NUÑO:                    Lo que a ti; porque Isabel  
                              es deidad hermosa y bella,  
                              a cuyo cielo no empañan  
                              los vapores de la tierra.

MENDO:                    ¡Buenas nuevas te dé Dios!

***Dale [a NUÑO] un bofetón***

NUÑO:                    A ti te dé mal de muelas,  
                              que me has quebrado dos dientes.  
                              Mas bien has hecho, si intentas  
                              reformatos por familia,  
                              que no sirve ni aprovecha.  
                              ¡El capitán!

MENDO:                    ¡Vive Dios,  
                              si por el honor no fuera  
                              de Isabel, que lo matara!

NUÑO:                    Más mira por tu cabeza.

***Salen don ÁLVARO, el SARGENTO y REBOLLEDO***

MENDO:                    Escucharé retirado.  
                              Aquí, a esta parte, te llega.

***Retíranse [don MENDO y NUÑO]***

ÁLVARO:                    Este fuego, esta pasión  
                              no es amor solo, que es tema,  
                              es ira, es rabia, es furor.

REBOLLEDO:                ¡Oh nunca, señor, hubieras

visto a la hermosa villana,  
que tantas ansias te cuesta!

ÁLVARO: ¿Que te dijo la criada?

REBOLLEDO: ¿Ya no sabes sus respuestas?

*[Don MENDO habla aparte] a NUÑO*

MENDO: Esto ha de ser; pues ya tiende

lo noche sus sombras negras,  
antes que se haya resuelto  
a lo mejor mi prudencia,  
ven a armarme.

NUÑO: Pues, ¿qué tienes  
más armas, señor, que aquellas  
que están en un azulejo  
sobre elmarco de la puerta?

MENDO: En mi guardarnés presumo  
que hay para tales empresas  
algo que ponerme.

NUÑO: Vamos,  
sin que el capitán no sienta.

*Vanse [don MENDO y NUÑO]*

ÁLVARO: ¡Que en una villana haya  
tan hidalga resistencia,  
que no me haya respondido  
una palabra siquiera  
apacible!

SARGENTO: Éstas, señor,  
no de los hombre se prendan  
como tú. Si otro villano  
le festejara y sirviera,  
hiciera más caso de él.

Fuera de que con tus quejas  
sin tiempo. Si te has de ir  
mañana, ¿para qué intentas,  
que una mujer en un día  
te escuche y te favorezca?

ÁLVARO: En un día el sol alumbra  
y falta; en un día se trueca  
un reino todo; en un día  
es edificio una peña;  
en un día una batalla  
perdida y victoria ostenta;  
en un día tiene el mar  
tranquilidad y tormenta;  
en un día nace un hombre  
y muere; luego pudiera  
en un día ver mi amor  
sobra y luz, como planeta;  
pena y dicha, como imperio;  
fente y brutos, como selva;  
paz e inquietud como mar;  
triunfo y ruina, como guerra;  
vida y muerte, como dueño  
de sentidos y potencias.  
Y habiendo tenido edad  
en un día su violencia  
de hacerme tan desdichado,  
¿por qué, por qué no pudiera  
tener edad en un día  
de hacerme dichoso? ¿Es fuerza  
que se engendren más despacio

las glorias que las ofensas?

SARGENTO: ¿Verla una vez solamente  
a tanto extremo te fuerza?

ÁLVARO: ¿Qué más causa había de haber,  
llegando a verla, que verla?  
De sola una vez a incendio  
crece una breve pavesa;  
de una vez sola un abismo  
fulgúreo volcán revienta;  
de una vez se enciende el rayo  
que destruye cuanto encuentra;  
de una vez escupe horror  
la más reformada pieza.  
De una vez amor, ¿qué mucho,  
fuego de cuatro maneras,  
mina, incendio, pieza y rayo,  
postre, abraza, asombra y hiera?

SARGENTO: ¿No decías que villanas  
nunca tenían belleza?

ÁLVARO: Y aun aquesa confianza  
me mató; porque el que piensa  
que va a un pelligro, ya va,  
prevenido a la defensa;  
quien va a una seguridad  
es el que más riesgo lleva,  
por la novedad que halla  
siacaso un peligro encuentra.  
Pensé hallar una villana;  
si hallé una deidad, ¿no era  
preciso que peligrase



en mi misma inadvertencia?  
En toda mi vida vi  
más divina, más perfecta  
hermosura. ¡Ay, Rebolledo,  
no sé qué hiciera por verla!

REBOLLEDO: En la compañía hay soldado  
que canta por excelencia,  
y la Chispa, que es mi alcaida  
del boliche, es la primera  
mujer en jacarear.  
Haya, señor, jira y fiesta  
y música a su ventana;  
que con esto podrás verla  
y aun hablarla.

ÁLVARO: Como está  
don Lope allí, no quisiera  
despertarle.

REBOLLEDO: Pues donLope,  
¿cuándo duerme con su pierna?  
Fuera, señor, que la culpa  
si se entiende, será nuestra,  
no tuya, si de rebozo  
vas en la tropa.

ÁLVARO: Aunque tenga  
mayores dificultades,  
pase por todas mi pena.  
Juntaos todos esta noche,  
mas de suerte que no entiendan  
que yo lo mando. ¡Ay, Isabel,  
qué de cuidados me cuestas!

***Vanse don ÁLVARO y el SARGENTO, y sale la CHISPA***

CHISPA: ¡Téngase!

REBOLLEDO: Chispa, ¿qué es eso?

CHISPA: Ahí un pobrete que queda  
con un rasguño en el rostro.

REBOLLEDO: Pues, ¿por qué fue la pendencia?

CHISPA: Sobre hacerme alicantina  
del barato de hora y media  
que estuvo echando las bolas,  
teniéndome muy atenta  
a si eran pares o nones.  
Canséme y dílo con ésta.

***Saca la daga***

Mientras que con el barbero  
poniéndose en puntos queda,  
vamos al cuerpo de guardia  
que allá te daré la cuenta.

REBOLLEDO: ¡Bueno es estar de mohina,  
cuando vengo yo de fiesta!

CHISPA: ¿Pues qué estorba el uno al otro?  
Aquí está la castañeta.  
¿Qué se ofrece que cantar?

REBOLLEDO: Ha de ser cuando anochezca,  
y música más fundada.  
Vamos y no te detengas,  
Anda acá al cuerpo de guardia.

CHISPA: Fama ha de quedar emtera  
de mí en el mundo, que soy  
Chispilla, la bolichera.

***Vanse. Salen don LOPE y Pedro CRESPO, y algunos criados***

CRESPO: En este paso, que está

más fresco, poned la mesa  
al señor don Lope.

***[CRESPO habla] a don LOPE***

Aquí  
os sabrá mejor la cena;  
que al fin los días de agosto  
no tienen más recompensa  
que sus noches.

LOPE:                   Apacible  
estancia en extremo es ésta.

CRESPO:     Un pedazo es de jardín  
do mi hija se divierta.  
Sentaos. Que el viento süave,  
que en las blandas hojas suena  
de estas parras y estas copas,  
mil cláusulas lisonjeras  
hace al compás de esta fuente,  
cítara de plata y perlas,  
poreque son en trastes de oro  
las guijas tmepladas cuerdas.  
Perdonad, si de instrumentos  
solos la música suena,  
de músicos que deleiten  
sin voces que os entretengan;  
que como músicos son  
los pájaros que gorjean,  
no quieren cantar de noche,  
ni yo puedo hacerles fuerza.  
Sentaos, pues, y divertidd  
esa continua dolencia.

LOPE: No podré; que es imposible,  
que divertimento tenga.  
¡Válgame Dios!

CRESPO: ¡Valga, amén!

LOPE: ¡Los cielos me den paciencia!  
Sentaos, Crespo.

CRESPO: Yo estoy bien.

LOPE: Sentaos.

CRESPO: Pues me dais licencia,  
digo, señor, que obedezco,  
aunque excusarlo pudierais.

*Siéntase*

LOPE: ¿No sabéis qué he reparado?  
Que ayer la cólera vuestra  
os debió de enajenar  
de vos.

CRESPO: Nuna me enajena  
a mí de mí nada.

LOPE: Pues,  
¡cómo ayer, sin que os dijera  
que os sentarais, os sentasteis,  
aun en la silla primera?

CRESPO: Porque nome lo dijisteis,  
y hoy, que lo decís, quisiera  
no hacerlo. La cortesía  
tenerla con quien la tenga.

LOPE: Ayer todo erais reniegos,  
porvidas, votos y pesias;  
y hoy estáis más apacible,  
con más gusto y más prudencia.

CRESPO: Yo, señor, siempre respondo

en el tono y en la letra,  
que me hablan. Ayer vos  
así hablabais, y era fuerza  
que fuera de un mismo tono  
la pregunta y la respuesta.  
Demás de que yo he tomado  
por política discreta,  
jurar con aquel que jura,  
rezar con aquel que reza.  
A todo hago compañía;  
y es aquesto de manera  
que en toda la noche pude  
dormir en la pierna vuestra  
pensando, y amanecí  
con dolor en ambas piernas;  
que, porno errar la que os duele,  
si es la izquierda o la derecha,  
me dolieron a mí entrambas.  
Decidme, ¡por vida vuestra!,  
cuál es y sépalo yo  
porque una sola me duela.

LOPE: ¿No tengo mucha razón  
de quejarme, si ha ya treinta  
años que asistiendo en Flandes  
al servicio de la fuerra,  
el invierno con la escarcha  
y el verano con la fuerza  
del sol, nunca descansé  
y no he sabido qué sea

estar sin dolor un hora?

CRESPO: ¡Dios, señor, os dé paciencia!

LOPE: ¿Para qué la quiero yo?

CRESPO: ¡No os la dé!

LOPE: Nunca acá venga,  
sino que dosmil demonios  
carguen conmigo y con ella.

CRESPO: ¡Amén! Y sino lo hacen  
es por no hacer cosa buena.

LOPE: ¡Jesús mil veces, Jesús!

CRESPO: Con vos y conmigo sea.

LOPE: ¡Voto a Cristo, que me muero!

CRESPO: ¡Voto a Cristo, que me pesa!

***Saca la mesa JUAN***

JUAN: Ya tienes la mesa aquí.

LOPE: ¿Cómo a servirla no entran  
mis criados?

CRESPO: Yo, señor,  
dije, con vuestra licencia,  
queno entraran a serviros,  
y que en mi casa no hicieran  
prevenciones; que a Dios gracias,  
pienso, que no os falte en ella  
nada.

LOPE: Pues, que no entran criados,  
hacedme favor que venga  
vuestra hija aquí a cenar  
conmigo.

CRESPO: Dile que venga  
tu hermana al instante, Juan.

*Vase JUAN*

LOPE: Mi poca salud me deja  
sin sospecha en esta parte.

CRESPO: Aunque vuestra salud fuera,  
señor, la que yo os deseo,  
me dejara sin sospecha.  
Agravio hacéis a mi amor  
que nada de eso me inquieta;  
que el decirle que no entrara  
aquí fue con advertencia  
de que no estuviese a oír  
ociosas impertinencias;  
que si todos los soldados  
cortesés, como vos, fueran,  
ella había de acudir  
a servirlos la primera.

LOPE: (¡Qué ladino es el villano! **Aparte**  
¡Oh, cómo tiene prudencia!)

*Salen INÉS e ISABEL [y JUAN]*

ISABEL: ¿Qué es, señor, lo que me mandas?

CRESPO: El señor don Lope intenta  
honraros. Él es quien llama.

ISABEL: Aquí está una esclava vuestra.

LOPE: Serviros intento yo.  
(¡Qué hermosura tan honesta!) **Aparte**  
Que cenéis conmigo quiero.

ISABEL: Mejor es, que a vuestra cena  
sirvamos las dos.

LOPE: Sentaos.

CRESPO: Sentaos. Haced lo que ordena

el señor don Lope.

ISABEL:                    Está  
                                  el mérito en la obediencia.

*Tocan guitarras [dentro]*

LOPE:            ¿Qué es aquello?

CRESPO:                Por la calle  
                              los soldados se pasean,  
                              cantando y bailando.

LOPE:                Mal  
                              los trabajos de la guerra,  
                              sin aquesta libertad  
                              se llevarán; que es estrecha  
                              religión la de un soldado,  
                              y darle ensanchas es fuerza.

JUAN:            Con todo eso es linda vida.

LOPE:            ¿Fuérades con gusto a ella?

JUAN:            Sí, señor, como llevara  
                              por amparo a vueselencia.

*Dentro [dicen y luego cantan]*

UNO:            Mejor se cantará aquí.

REBOLLEDO:    Vaya a Isabel una letra.  
                              Para que despierte, tira  
                              a su ventana una piedra.

CRESPO:        (A ventana señalada                **Aparte**  
                              va la música. ¡Paciencia!)

MÚSICOS:        "La flores del romero,  
                              niña Isabel,  
                              hoy son flores azules,  
                              y mañana serán miel."



LOPE: (Música, vaya. Mas esto **Aparte**  
de tirar es desvergüenza.  
¡Y a la casa donde estoy  
venirse a dar cantaletas!...  
Pero disimularé  
por Pedro Crespo y por ella.)  
¡Qué travesuras!

CRESPO: Son mozos.  
(Si por don Lope, no fuera, **Aparte**  
yo les hiciera...)

JUAN: (Si yo **Aparte**  
una rodelilla vieja  
que en el cuarto de don Lope  
está colgada, pudiera  
sacar...)

*[JUAN] hace que se va*  
CRESPO: ¡Dónde vais, mancebo?

JUAN: Voy a que traigan la cena.

CRESPO: Allá hay mozos que la traigan.

TODOS: Despierta, Isabel, despierta.

ISABEL: (¿Qué culpa tengo yo, cielos, **Aparte**  
para estar a esto sujeta?)

LOPE: Ya no se puede sufrir,  
porque es cosa muy mal hecha.

*Arroja don LOPE la mesa*  
CRESPO: Pues, ¡y cómo si lo es!

*Arroja Pedro CRESPO la silla*  
LOPE: Lléveme de mi impaciencia.  
¿No es, decidme, muy mal hecho,  
que tanto una pierna duela?

CRESPO: De eso mismo hablaba yo.

LOPE: Pensé que otra cosa era.

Como arrojasteis la silla...

CRESPO: Como arrojasteis la mesa

vos, no tuve que arrojar

otra cosa yo más cerca.

(¡Disimulemos honor!) **Aparte**

LOPE: (¡Quién en la calle estuviera!) **Aparte**

Ahora bien, cenar no quiero.

Retiraos.

CRESPO: Enhorabuena.

LOPE: Señora, quedad con Dios.

ISABEL: El cielo os guarde.

LOPE: (A la puerta **Aparte**

de la calle, ¿no es mi cuarto?

Y en él, ¿no está una rodela?)

CRESPO: (¿No tiene puerta el corral, **Aparte**

y yo una espadilla vieja?)

LOPE: Buenas noches.

CRESPO: Buenas noches.

(Encerraré por de fuera **Aparte**

a mis hijos.)

LOPE: (Dejaré **Aparte**

un poco la casa quieta.)

ISABEL: (¡Oh, qué mal, cielos, los dos **Aparte**

disimulan que les pesa!)

INÉS: (Mal el uno por el otro **Aparte**

van haciendo la deshecha.)

CRESPO: ¡Hola, mancebo!

JUAN: ¿Señor?

CRESPO:      Acá está la cama vuestra.

***Vanse [todos]. Salen don ÁLVARO, el SARGENTO, la CHISPA y REBOLLEDO, con guitarras, y soldados***

REBOLLEDO:    Mejor estamos aquí,  
                  el sitio es más oportuno;  
                  tome rancho cada uno.

CHISPA:      ¿Vuelve la música?

REBOLLEDO:                 Sí.

CHISPA:      Ahora estoy en mi centro.

ÁLVARO:      ¡Que no haya un ventana  
                  entreabierto esta villana!

SARGENTO:    Pues bien lo oyen allá dentro.

CHISPA:      Espera.

SARGENTO:                 Será a mi costa

REBOLLEDO:   No es más de hasta ver quién es  
                  quien llega.

CHISPA:                 ¿Pues qué? ¿No ves  
                  un jinete de la costa?

***Salen don MENDO con adarga, y NUÑO***

MENDO:      ¿Ves bien lo que pasa?

NUÑO:                 No,  
                  no veo bien; pero bien  
                  lo escucho.

MENDO:                 ¿Quién, cielos, quien  
                  esto puede sufrir?

NUÑO:                 Yo.

MENDO:      ¿Abrirá acaso Isabel  
                  la ventana?

NUÑO:                 Sí, abrirá.

MENDO:      No hará, villano.

NUÑO:                 No hará.

MENDO:        ¡Ah celos, pena crüel!

      Bien supiera yo arrojar  
a todos a cuchilladas  
de aquí; mas disimuladas  
mis desdichas han de estar  
      hasta ver, si ella ha tenido  
culpa de ello.

NUÑO:                Pues aquí  
      nos sentemos.

MENDO:                Bien. Así  
      estaré desconocido.

REBOLLEDO:        Pues ya el hombre se ha sentado  
      --sí ya no es, que ser ordena  
      algún alma que anda en pena  
      de las cañas que ha jugado  
      con su adarga a cuestras. Da  
      voz al aire.

CHISPA:                Ya él la lleva.

REBOLLEDO:        Va una jácara tan nueva,  
      que corra sangre.

CHISPA:                Sí hará.

*Salen don LOPE y Pedro CRESPO a un tiempo, con broqueles. [Canta la CHISPA]*

CHISPA:        "Érase cierto Sampayo  
      la flor de los andaluces,  
      el jaque de mayor porte,  
      y el jaque de mayor lustre;  
      éste, pues, a la Chillona  
      topó un día..."

REBOLLEDO:        No le culpen  
      la fecha, que el consonante

quiere que haya sido en lunes.

CHISPA: "Topó, digo, a la Chillona,  
que, brindando entre dos luces,  
ocupaba con el Garlo  
la casa de los azumbres.  
El Garlo, que siempre fue  
en todo lo que le cumple  
rayo de tejado abajo,  
porque era rayo sin nube,  
sacó la espada, y a un tiempo  
un tajo y revés sacude."

***Acuchillanlos don LOPE y Pedro CRESPO***

CRESPO: Sería de esta manera.

LOPE: Que sería así no duden.

***Métenlos a cuchilladas y sale don LOPE***

LOPE: ¡Gran valor! Uno ha quedado  
de ellos, que es el que está aquí.

***Sale Pedro CRESPO***

CRESPO: Cierto es que el que queda ahí  
sin duda es algún soldado.

LOPE: Ni aun éste no ha de escapar  
sin almagre.

CRESPO: Ni éste quiero  
que quede sin que mi acero  
la calle le haga dejar.

LOPE: ¿No huís con los otros?

CRESPO: ¡Huid vos,  
que sabréis huir más bien!

***Riñen***

LOPE: ¡Voto a Dios, que riñe bien!

CRESPO: ¡Bien pelea, voto a Dios!

***Sale JUAN***

JUAN: (¡Quiera el cielo, que le tope!) **Aparte**

Señor, a tu lado estoy.

LOPE: ¿Es Pedro Crespo?

CRESPO: Yo soy.

¿Es don Lope?

LOPE: Sí, es don Lope.

¿Que no habíais, no dijisteis,  
de salir? ¿Qué hazaña es ésta?

CRESPO: Sean disculpa y respuesta  
hacer lo que vos hicisteis.

LOPE: Aquesta era ofensa mía,  
vuestra no.

CRESPO: No hay que fingir;  
que yo he salido a reñir  
por haceros compañía.

***Dentro, los SOLDADOS***

SOLDADO 1: A dar muerte nos juntemos  
a estos villanos.

***Salen don ÁLVARO y todos***

ÁLVARO: Mirad...

LOPE: ¿Aquí no estoy yo? Esperad.  
¿De qué son estos extremos?

ÁLVARO: Los soldados han tenido,  
porque se estaban holgando  
en esta calle cantando  
sin alboroto y rüido,  
una pendencia, y yo soy  
quien los está deteniendo.

LOPE: Don Álvaro, bien entiendo  
vuestra prudencia; y pues hoy

aqueste lugar está  
en ojeriza, yo quiero  
excusar rigor más fiero;  
y pues amanece ya,  
orden doy, que en todo el día,  
para que mayor no sea  
el daño, de Zalamea  
saquéis vuestra compañía.

Y estas cosas acabadas,  
no vuelvan a ser, porque  
la paz otra vez pondré,  
¡voto a Dios!, a cuchilladas.

ÁLVARO: Digo que aquesta mañana  
la compañía haré marchar.

(La vida me has de costar, **Aparte**  
hermosísima villana.)

***Vanse don ÁLVARO y los SOLDADOS***

CRESPO: (Caprichudo es el don Lope; **Aparte**  
ya haremos migas los dos.)

LOPE: Veníos conmigo vos,  
y solo ninguno os tope.

***Vanse [todos]. Salen don MENDO y NUÑO herido***

MENDO: ¿Es algo, Nuño, la herida?

NUÑO: Aunque fuera menor, fuera  
de mí muy mal recibida,  
y mucho más que quisiera

MENDO: Yo no he tenido en mi vida  
mayor pena ni tristeza.

NUÑO: Yo tampoco.

MENDO: Que me enoje

es justo. ¿Que su fiereza  
luego te dio en la cabeza?

NUÑO: Todo este lado me coge.

***Tocan***

MENDO: ¿Qué es esto?

NUÑO: La compañía  
que hoy se va.

MENDO: Y es dicha mía,  
pues con este cesarán  
los celos del capitán.

NUÑO: Hoy se ha de ir en todo el día.

***Salen don ÁLVARO y el SARGENTO***

ÁLVARO: Sargento, vaya marchando,  
antes que decline el día,  
con toda la compañía,  
y con prevención que, cuando  
se esconda en la espuma fría  
del océano español  
ese luciente farol,  
en ese monte le espero,  
porque hallar mi vida quiero  
hoy en la muerte del sol.

SARGENTO: Calla, que está aquí un figura  
del lugar.

MENDO: Pasar procura,  
sin que entiendan mi tristeza.  
No muestres, Nuño, flaqueza.

NUÑO: ¿Puedo yo mostrar gordura?

***Vanse [don MENDO y NUÑO]***

ÁLVARO: Yo he de volver al lugar,  
porque tengo prevenida



una criada a mirar  
si puedo por dicha hablar  
a aquesta hermosa homicida.

Dádivas han granjeado,  
que apadrine mi cuidado.

SARGENTO: Pues, señor, si has de volver,  
mira que habrás menester  
volver bien acompañado,  
porque al fin no hay que fiar  
de villanos.

ÁLVARO: Ya lo sé.  
Algunos puedes nombrar  
que vuelvan conmigo.

SARGENTO: Haré  
cuanto me quieras mandar.  
Pero, ¿si acaso volviese  
don Lope, y te conociese  
al volver?

ÁLVARO: Ese temor  
quiso también que perdiese  
en esta parte mi amor;  
que don Lope se ha de ir  
hoy también a prevenir  
todo el tercio a Guadalupe;  
que todo lo dicho supe,  
yéndome ahora a despedir  
de él; porque ya el Rey vendrá,  
que puesto en camino está.

SARGENTO: Voy, señor, a obedecerte.

ÁLVARO: Que me va la vida, advierte.

*Vase [el SARGENTO] y salen REBOLLEDO y la CHISPA*

REBOLLEDO: ¡Señor, albricias me da!

ÁLVARO: ¿De qué han de ser, Rebolledo?

REBOLLEDO: Muy bien merecerlas puedo,  
pues solamente te digo...

ÁLVARO: ¿Qué?

REBOLLEDO: ...que ya hay un enemigo  
menos a quien tener miedo.

ÁLVARO: ¿Quién es? Dilo presto.

REBOLLEDO: Aquel

mozo, hermano de Isabel.

Don Lope se le pidió  
al padre, y él se le dio,  
y va a la guerra con él.

En la calle le he topado  
muy galán, muy alentado,  
mezclando a un tiempo, señor,  
rezagos de labrador  
con primicias de soldado.

De suerte que el viejo es ya  
quien pesadumbre nos da.

ÁLVARO: Todo nos sucede bien,  
y más, si me ayuda quien  
esta esperanza me da  
de que esta noche podré  
hablarla.

REBOLLEDO: No pongas duda.

ÁLVARO: Del camino volveré;  
que ahora es razón que acuda  
a la gente, que se ve

ya marchar. Los dos seréis  
los que conmigo vendréis.

***Vase [don ÁLVARO]***

REBOLLEDO: Pocos somos, vive Dios,  
aunque vengan otros dos,  
otros cuatro y otros seis.

CHISPA: Y yo, si tú has de volver  
allá, ¿qué tengo de hacer?  
Pues no estoy segura yo,  
si da conmigo el que dio  
al barbero que coser.

REBOLLEDO: No sé qué he de hacer de ti.  
¿No tendrás ánimo, di,  
de acompañarme?

CHISPA: ¿Pues no?  
Vestido no tengo yo;  
ánimo y esfuerzo, sí.

REBOLLEDO: Vestido no faltará;  
que ahí otro del paje está  
de jineta, que se fue.

CHISPA: Pues yo a la par pasaré  
con él.

REBOLLEDO: Vamos, que se va  
la bandera.

CHISPA: Y yo veo ahora  
porque en el mundo he cantado...

***Canta [la CHISPA]***

"...que el amor del soldado  
no dura un hora."

***Vanse y salen don LOPE, Pedro CRESPO, y JUAN***

LOPE: A muchas cosas os soy

en extremo agradecido;  
pero, sobre todas, ésta  
de darme hoy a vuestro hijo  
para soldado, en el alma  
os la agradezco y estimo.

CRESPO: Yo os le doy para criado.

LOPE: Yo os le llevo para amigo;  
que me ha inclinado en extremo  
su desenfado y su brío,  
y la afición a las armas.

JUAN: Siempre a vuestros pies rendido  
me tendréis, y vos veréis  
de la manera que os sirvo,  
procurando obedeceros  
en todo.

CRESPO: Lo que os suplico  
es que perdonéis, señor,  
si no acertare a serviros;  
porque en el rústico estudio,  
adonde rejas y trillos,  
palas, azadas y bieltos  
son nuestros mejores libros,  
no habrá podido aprender  
lo que en los palacios ricos  
enseña la urbanidad  
política de los siglos.

LOPE: Ya que va perdiendo el sol  
la fuerza, irme determino.

JUAN: Veré si viene, señor,  
la litera.

*Vase [JUAN] y salen INÉS e ISABEL*

ISABEL:                   ¿Y es bien iros

sin despediros de quien

tanto desea serviros?

LOPE:       No me fuera sin besaros

las manos y sin pedirlos

que liberal perdonéis

un atrevimiento digno

de perdón, porque no el precio

hace el don, sino el servicio.

Esta venera que, aunque

está de diamantes ricos

guarnecida, llega pobre

a vuestras manos, suplico

que la toméis y traigáis

por patena en nombre mío.

ISABEL:       Mucho siento que penséis,

con tan generoso indicio,

que pagáis el hospedaje,

pues, de honra que recibimos,

somos los deudores.

LOPE:                   Esto

no es paga, sino cariño.

ISABEL:       Por cariño, y no por paga,

solamente la recibo.

A mi hermano os encomiendo,

ya que tan dichoso ha sido

que merece ir por criado

vuestro.

LOPE:                   Otra vez os afirmo

que podéis descuidar de él;  
que va, señora, conmigo.

***Sale JUAN***

JUAN: Ya está la litera puesta.

LOPE: Con Dios os quedad.

CRESPO: El mismo  
os guarde.

LOPE: ¡Ah, buen Pedro Crespo!

CRESPO: ¡Oh, señor don Lope invicto!

LOPE: ¿Quién nos dijera aquel día  
primero que aquí nos vimos,  
que habíamos de quedar  
para siempre tan amigos?

CRESPO: Yo lo dijera, señor,  
si allí supiera, al oídos,  
que erais...

LOPE: Decid por mi vida.

CRESPO: Loco de tan buen capricho.

***Vase [don LOPE y habla Pedro CRESPO] a JUAN***

En tanto que se acomoda  
el señor don Lope, hijo,  
ante tu prima y tu hermana,  
escucha lo que te digo.  
Por la gracia de Dios, Juan,  
eres de linaje limpio,  
más que el sol, pero villano.  
Lo uno y otro te digo;  
aquello, porque no humilles  
tanto tu orgullo y tu brío,  
que dejes, desconfiado,

de aspirar con cuerdo arbitrio  
a ser más; lo otro, porque  
no vengas desvanecido  
a ser menos. Igualmente  
usa de entrambos designios  
con humildad; porque, siendo  
humilde, con cuerdo arbitrio  
acordarás lo mejor  
y como tal, en olvido  
pondrás cosas, que suceden  
al revés en los altivos.  
¡Cuántos, teniendo en el mundo  
algún defecto consigo,  
le han borrado por humildes;  
y cuántos, que no han tenido  
defecto, se le han hallado,  
por estar ellos mal vistos!  
Sé cortés sobre manera;  
sé liberal y partido,  
que el sombrero y el dinero  
son los que hacen los amigos;  
y no vale tanto el oro  
que el sol engendra en el indio  
suelo, y que consume el mar,  
como ser uno bienquisto.  
No hables mal de las mujeres;  
la más humilde, te digo,  
que es digna de estimación;  
porque al fin de ellas nacimos.  
No riñas por cualquier cosa;

que cuando en los pueblos miro  
muchos, que a reñir se enseñan,  
mil veces entre mí digo:  
"Aquesta escuela no es  
la que ha de ser". Pues colijo  
que no ha de enseñarse a un hombre  
con destreza, gala y brío  
a reñir, sino a por qué  
ha de reñir; que yo afirmo  
que, si hubiera un maestro solo  
que enseñara prevenido,  
no el cómo, el por qué se riña,  
todos le dieran sus hijos.  
Con esto y con el dinero  
que llevas para el camino,  
y para hacer, en llegando  
de asiento, un par de vestidos,  
al amparo de don Lope  
y mi bendición, yo fío  
en Dios, que tengo de verte  
en otro puesto. Adiós, hijo;  
que me enternezco en hablarte.

JUAN:        Hoy tus razones imprimo  
                 en el corazón, adonde  
                 vivirán, mientras yo vivo.  
                 Dame tu mano. Y tú, hermana,  
                 los brazos; que ya ha partido  
                 don Lope mi señor, y es  
                 fuerza alcanzarlo.

ISABEL:                        Los míos



bien quisieran detenerte.

JUAN: Prima, adiós.

INÉS: Nada te digo  
con la voz, porque los ojos  
hurtan a la voz su oficio.

Adiós.

CRESPO: ¡Ea, vete presto!  
Que cada vez que te miro,  
siento más el que te vayas,  
y ha de ser, porque lo he dicho.

JUAN: El cielo con todos quede.

*Vase [JUAN]*

CRESPO: El cielo vaya contigo.

ISABEL: ¡Notable crueldad has hecho!

CRESPO: Ahora, que no le miro,  
hablaré más consolado.  
¿Qué había de hacer conmigo  
sino ser toda su vida  
un holgazán, un perdido?  
Váyase a servir al Rey.

ISABEL: Que de noche haya salido,  
me pesa a mí.

CRESPO: Caminar  
de noche por el estío,  
antes es comodidad,  
que fatigo; y es preciso  
que a don Lope alcance luego  
al instante. (Enternecido **Aparte**  
me deja, cierto, el muchacho,  
aunque en público me animo.)

ISABEL: Éntrate, señor, en casa.

INÉS: Pues sin soldados vivimos,  
estémonos otro poco  
gozando a la puerta el frío  
viento que corre; que luego  
saldrán por ahí los vecinos.

CRESPO: (A la verdad, no entro dentro **Aparte**  
porque desde aquí imagino  
como el camino blanquea  
veo a Juan en el camino.)  
Inés, sácame a esta puerta  
asiento.

INÉS: Aquí está un banquillo.

ISABEL: Esta tarde diz que ha hecho  
la villa elección de oficios.

CRESPO: Siempre aquí por el agosto  
se hace.

*Salen don ÁLVARO, el SARGENTO, REBOLLEDO, la CHISPA y soldados*

ÁLVARO: Pisad sin rüido.

Llega, Rebolledo, tú,  
y da a la criada aviso  
de que ya estoy en la calle.

REBOLLEDO: Yo voy. Mas, ¿qué es lo que miro?  
A su puerta hay gente.

SARGENTO: Y yo  
en los reflejos y visos  
que la luna hace en el rostro,  
que es Isabel, imagino,  
ésta.

ÁLVARO: Ella es; mas que la luna,

el corazón me lo ha dicho.

A buena ocasión llegamos.

Si ya, que una vez venimos,

nos atrevemos a todo,

buena venida habrá sido.

SARGENTO: ¿Estás para oír un consejo?

ÁLVARO: No.

SARGENTO: Pues ya no te lo digo.

Intenta lo que quisieres.

ÁLVARO: Yo he de llegar y atrevido

quitar a Isabel de allí.

Vosotros a un tiempo mismo

impedid a cuchilladas

el que me sigan.

SARGENTO: Contigo

venimos y a tu arden hemos

de estar.

ÁLVARO: Advertid, que el sitio

en que habemos de juntarnos

es ese monte vecino

que está a la mano derecha,

como salen del camino.

REBOLLEDO: ¡Chispa!

CHISPA: ¿Qué?

REBOLLEDO: Ten estas capas.

CHISPA: Que es del reñir, imagino,

la gala, el guardar la ropa,

aunque del nadar se dijo.

ÁLVARO: Yo he de llegar el primero.

CRESPO: Harto hemos gozado el sitio.

Entrémonos allá dentro.

ÁLVARO: Ya es tiempo. ¡Llegad, amigos!

ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor! ¿Qué es esto?

ÁLVARO: Es una furia, un delirio  
de amor.

***Llévanla***

ISABEL: ¡Ah, traidor! ¡Señor!

CRESPO: ¡Ah, cobardes!

INÉS: ¡Señor mío,  
yo quiero aquí retirarme!

***Vase [ISABEL]***

CRESPO: Como echáis de ver, ¡ah, impíos!,  
que estoy sin espada, alevés,  
falsos y traidores!

REBOLLEDO: Idos,  
si no queréis que la muerte  
sea el último castigo.

CRESPO: ¿Qué importará, si está muerto  
mi honor, el quedar yo vivo?  
¡Ah, quién tuviera una espada!  
Cuando sin armas te sido  
es imposible. Ya airado  
a ir por ella me animo.  
¡Los he de perder de vista!  
¿Qué he de hacer hados esquivos  
que de cualquiera manera  
es uno solo el peligro?

***Sale INÉS con la espada***

INÉS: Ésta, señor, es tu espada.

***Vase [INÉS]***

CRESPO: A buen tiempo la has traído.

Ya tengo honra, pues ya tengo  
espada con que seguirlos.  
Soltad la presa, traidores  
cobardes, que habéis traído,  
que he de cobrarla o la vida  
he de perder.

***Riñen***

SARGENTO: Vano ha sido  
tu intento, que somos muchos.

CRESPO: Mis males son infinitos,  
y riñen todos por mí.  
Pero la tierra que piso  
me ha faltado.

***Cae [Pedro CRESPO]***

REBOLLEDO: ¡Dale muerte!

SARGENTO: Mirad, que es rigor impío  
quitarle la vida y honor;  
mejor es en lo escondido  
del monte dejarle atado,  
porque no lleve el aviso.

***Dentro [ISABEL]***

ISABEL: ¡Padre y señor!

CRESPO: Hija mía!

REBOLLEDO: Retírale, como has dicho.

CRESPO: Hija, solamente puedo  
seguirte con mis suspiros.

***Llévanle y sale JUAN***

ISABEL: ¡Ay de mí!

JUAN: ¡Qué triste voz!

CRESPO: ¡Ay de mí!

JUAN: ¡Mortal gemido!

A la entrada de este monte  
cayó mi rocín conmigo,  
veloz corriendo, y yo ciego  
por la maleza le sido.  
Tristes voces a una parte,  
y a otra míseros gemidos  
escucho, que no conozco,  
porque llegan mal distintos.  
Dos necesidades son  
las que apellidan a gritos  
mi valor; y pues iguales,  
a mi parecer, han sido,  
y uno es hombre, otro mujer,  
a seguir ésta me animo;  
que así obedezco a mi padre  
en dos cosas que me dijo:  
"Reñir con buena ocasión,  
y honrar la mujer." Pues miro  
que así honro a la mujer,  
y con buena ocasión riño.

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

### JORNADA TERCERA

*Sale ISABEL como llorando*

ISABEL:        Nunca amanezca a mis ojos  
la luz hermosa del día,  
porque a su sombra no tenga  
vergüenza yo de mí misma.

¡Oh tú, de tantas estrellas  
primavera fugitiva,  
no des lugar a la aurora,  
que tu azul campaña pisa,  
para que con risa y llanto  
borre tu apacible vista!  
Y ya que ha de ser, que sea  
con llanto, mas no con risa.  
¡Detente, oh mayor planeta,  
mas tiempo en la espuma fría  
del mar! Deja que una vez  
dilate la noche fría  
su trémulo imperio; deja  
que de tu deidad se diga,  
atenta a mis ruegos, que es  
voluntaria y no precisa!  
¿Para qué quieres salir  
a ver en la historia mía  
la más enorme maldad,  
la más fiera tiranía,  
que en venganza de los hombre  
quiere el cielo que se escriba?  
Mas, ¡ay de mí!, que parece  
que es fiera tu tiranía;  
pues desde que te rogué  
que te detuvieses, miran  
mis ojos tu faz hermosa  
descollarse por encima  
de los montes. ¡Ay de mí,  
que acosada y perseguida

de tantas penas, de tantas  
ansias, de tantas impías  
fortunas, contra mi honor  
se han conjurado tus iras!  
¿Qué he de hacer? ¿Dónde he de ir?  
Si a mi casa determinan  
volver mis erradas plantas,  
será dar nueva mancilla  
a un anciano padre mío,  
que otro bien, otra alegría  
no tuvo, sino mirarse  
en la clara luna limpia  
de mi honor, que hoy desdichado  
tan torpe mancha le eclipsa.  
Si dejo, por su respeta  
y mi temor afligida,  
de volver a casa, dejo  
abierto el paso a que diga  
que fui cómplice en mi infamia;  
y ciega e inadvertida  
vengo a hacer de la inocencia  
acreedora a la malicia.  
¡Qué mal hice, qué mal hice  
de escaparme fugitiva  
de mi hermano! ¿No valiera  
más que su cólera altiva  
me diera la muerte, cuando  
llegó a ver la suerte mía?  
Llamarle quiero, que vuelva  
con saña más vengativa,



y me dé muerte. Confusas  
voces el eco repita,  
diciendo...

***Dentro [Pedro CRESPO]***

CRESPO: Vuelve a matarme,  
serás piadoso homicida;  
que no es piedad, no, dejar  
a un desdichado con vida.

ISABEL: ¿Qué voz es ésta, que mal  
pronunciada y poco oída,  
no se deja conocer?

CRESPO: Dadme muerte, si os obliga  
ser piadosos.

ISABEL: ¡Cielos, cielos!  
Otro la muerte apellida,  
otro desdichado hay  
que hoy a pesar suyo viva.  
Mas, ¿qué es lo que ven mis ojos?

***Descúbrese CRESPO atado***

CRESPO: Si piedades solicita  
cualquiera que aqieste monte  
temerosamente pisa,  
llegue a dar muerte... Mas, ¡cielos!  
¿Qué es lo que mis ojos miran?

ISABEL: Atadas atrás las manos  
a una rigurosa encina...

CRESPO: Enterneciendo los cielos  
con las voces que apellida...

ISABEL: ...mi padre está.

CRESPO: ...mi hija viene.

ISABEL:     ¡Padre y señor!

CRESPO:             ¡Hija mía!

          Llégate, y quita estos lazos.

ISABEL:     No me atrevo; que si quitan  
          los lazos, que te aprisionan,  
          una vez las manos mías,  
          no me atreveré, señor,  
          a contarte mis desdichas,  
          a referirte mis penas;  
          porque, si una vez te miras  
          con manos y sin honor  
          me darán muerte tus iras,  
          y quiero ante que las veas  
          referirte a mis fatigas.

CRESPO:     Detente, Isabel, detente.

          No prosigas; que desdichas,  
          Isabel, para contarlas  
          no es menester referirlas.

ISABEL:     Hay muchas cosas que sepas,  
          y es forzoso que al decir las  
          tu valor se irrite, y quieras  
          vengarlas antes de oírlas.  
          Estaba anoche gozando  
          la seguridad tranquila,  
          que al abrigo de tus canas  
          mis años me prometían,  
          cuando aquellos embozados  
          traidores, que determinan  
          que lo que el honor defiende  
          el atrevimiento rinda,

me robaros; bien así,  
como de los pechos quita  
carnicero hambriento lobo  
a la simple corderilla.  
Aquel capitán, aquel  
huésped ingrato, que el día  
primero introdujo en casa  
tan nunca esperada cisma  
de traiciones y cautelas,  
de pendencias y rencillas,  
fue el primero que en sus brazos  
me cogió, mientras le hacías  
espaldas otros traidores,  
que la bandera militan.  
Aquese intricado, oculto  
monte que está a la salida  
del lugar, fue su sagrado.  
¿Cuándo de la tiranía  
no son sagrados los montes?  
Aquí ajena de mí misma  
dos veces me miré, cuando  
aun tu voz, que me seguía,  
me dejó, porque ya el viento  
a quien tus acentos fías,  
con la distancia, por puntos  
adelgazándose iba;  
de suerte, que las que eras  
antes razones distintas,  
no eran voces sino ríos;  
luego en el viento esparcidas,

no eran voces, sino ecos  
de una confusas noticias;  
como aquel que oye un clarín,  
que, cuando de él se retira,  
le queda por mucho rato,  
si no el ruido, la noticia.

El traidor pues, en mirando  
que ya nadie hay quien le diga,  
que ya nadie hay que me ampara,  
porque hasta la luna misma  
ocultó entre pardas sombras,  
o crüel o vengativa,  
aquella, ¡ay de mí!, prestada  
luz, que del sol participa,  
pretendió--¡ay de mí otra vez  
y otras mil!--con fementidas  
palabras buscar disculpa  
a su amor. ¿A quién no admira  
querer de un instante a otro  
hacer la ofensa caricia?  
¡Mal hay el hombre, mal haya  
el hombre que solicita  
por fuerza ganar un alma!  
Pues no advierte, pues no mira,  
que las victorias de amor  
no hay trofeo en que consistan,  
sino en granjear el cariño  
de la hermosura que estiman;  
porque querer sin el alma  
una hermosura ofendida,

es querer una belleza  
hermosa pero no viva!  
¡Qué ruegos, qué sentimientos,  
ya de humilde, ya de altiva,  
no le dije! Pero en vano;  
pues--¡calle aquí la voz mía!--  
soberbio--¡enmudezca el llanto!--  
atrevido--¡el pecho gima!--  
descortés--¡lloren los ojos!--  
fiero--¡ensordezca la envidia!--  
tirano--¡falte el aliento!--  
osado--¡luto me vista!...  
y si lo que la voz yerra,  
tal vez el acción explica.  
De vergüenza cubro el rostro,  
de empacho lloro ofendida,  
de rabia tuerzo las manos,  
el pecho rompe de ira.  
Entiende tú las acciones;  
pues no hay voces que lo digan.  
Baste decir que a las quejas  
de los vientos repetidas,  
en que ya no pedía al cielo  
socorro sino justicia,  
salió el alba, y con el alba,  
trayendo a la luz por guía,  
sentí ruido entre unas ramas.  
Vuelvo a mirar quién sería,  
y veo a mi hermano. ¡Ay cielos!  
¿Cuándo, cuándo, ah suerte impía,

llegaron a un desdichado  
los favores con más prisa?  
Él, a la dudosa luz  
que, si no alumbra, domina,  
reconoce el daño antes  
que ninguno se lo diga  
--que son linceos los pesares  
que penetran con la vista--.  
Sin hablar palabra, saca  
el acero, que aquel día  
le ceñiste. El capitán,  
que el tardo socorro mira  
en mi favor, contra el suyo  
saca la blanca cuchilla.  
Cierra el uno con el otro;  
este repara, aquel tira;  
y yo, en tanto que los dos  
generosamente lidian,  
viendo temerosa y triste,  
que mi hermano no sabía  
si tenía culpa o no,  
por no aventurar mi vida  
en la disculpa, la espalda  
vuelvo, y por la entretejida  
maleza del monte huyo;  
pero no con tanta prisa,  
que no hiciese de unas ramas  
intrincadas celosías;  
porque deseaba, señor,  
saber lo mismo que huía.

A poco rato mi hermano  
dio al capitán una herida.  
Cayó. Quiso asegurarle...  
cuando los que ya venían  
buscando a su capitán  
en su venganza se incitan.  
Quiere defenderse; pero  
viendo que era una cuadrilla,  
corre veloz. No le siguen,  
porque todos determinan  
más acudir al remedio  
que a la venganza que incitan.  
En brazos al capitán,  
volvieron hacia la villa,  
sin mirar en su delito;  
que en las penas sucedidas  
acudir determinaron  
primero a la más precisa.  
Yo, pues, que atenta miraba  
eslabonadas y asidas  
unas ansias de otras ansias,  
ciega, confusa y corrida,  
discurrí, bajé, corrí,  
sin luz, sin norte, sin guía,  
monte, llano y espesura,  
hasta que a tus pies rendida,  
antes que me des la muerte,  
te he contado mis desdichas.  
Ahora, que ya las sabes,  
generosamente anima

contra mi vida el acero,  
el valor contra mi vida;  
que ya para que me mates  
aquestos lazos te quitan  
mis manos; alguno de ellos  
mi cuello infeliz oprima.

***Desátale***

Tu hija soy, sin honra estoy,  
y tú libre; solicita  
con mi muerte tu alabanza,  
para que de ti se diga  
que, por dar vida a tu honor  
diste la muerte a tu hija.

***Arrodíllase***

CRESPO:     Álzate, Isabel, del suelo;  
no, no estás más de rodillas;  
que a no haber estos sucesos  
que atormenten y persigan,  
ociosas fueran las penas,  
sin estimación las dichas.  
Para los hombres se hicieron,  
y es menester que se impriman  
con valor dentro del pecho.  
Isabel, vamos aprisa;  
demos la vuelta a mi casa;  
que este muchacho peligra,  
y hemos menester hacer  
diligencias exquisitas,  
por saber de él, y ponerle  
en salvo.



ISABEL:                   (¡Fortuna mía,                   **Aparte**  
o mucha cordura o mucha  
cautela es ésta!)

CRESPO:                   Camina.  
(¡Vive Dios que si la fuerza                   **Aparte**  
y necesidad precisa  
de curarse hizo volver  
al capitán a la villa,  
que pienso que le está bien  
morirse de aquella herida  
por excusarse de otra  
y otras mil, que el ansia mía  
no ha de parar hasta darle  
la muerte!) ¡Ea! Vamos, hija,  
a nuestra casa.

*Sale el ESCRIBANO*

ESCRIBANO:                   ¡Oh, señor,  
Pedro Crespo! ¡Dame albricias!

CRESPO:                   ¿Albricias? ¿De qué, escribano?

ESCRIBANO:                   En concejo aqueste día  
os ha hecho alcalde, y tenéis  
para estrena de justicia  
dos grandes acciones hoy.  
La primera es la venida  
del Rey, que estará hoy aquí,  
o mañana en todo el día  
según dicen. Es la otra,  
que ahora han traído a la villa  
de secreto unos soldados  
a curarse con gran prisa

aquel capitán que ayer  
tuvo aquí su compañía.  
Él no dice quién le hirió;  
pero si esto se averigua  
será una gran causa.

CRESPO:                   (¡Cielos,   **Aparte**

cuando vengarte imaginas,  
me hace dueño de mi honor  
la vara de la justicia!  
¿Cómo podré delinquir  
yo, si en esta hora misma  
me ponen a mí por juez  
para que otros no delincan?  
Pero cosas como aquestas  
no se ven con tanta prisa.)  
En extremo agradecido  
estoy a quien solicita  
honrarme.

ESCRIBANO:            Vení a la casa  
del concejo y, recibida  
la posesión de la vara,  
haréis en la causa misma  
averiguaciones.

CRESPO:                   Vamos.

***A ISABEL***

A tu casa te retira.

ISABEL:    (¡Duélese el cielo de mí!)   **Aparte**

Yo he de acompañarte.

CRESPO:                   Hija,  
ya tenéis el padre alcalde,

él os guardará justicia.

***Vanse. Salen don ÁLVARO con banda, como herido, y el SARGENTO***

ÁLVARO: Pues la herida no era nada,

¿por qué me hicisteis volver

aquí?

SARGENTO: ¿Quién pudo saber

lo que era antes de curada?

ÁLVARO: Ya la cura prevenida,

hemos de considerar,

que no es bien aventurar

hoy la vida por la herida.

SARGENTO: ¿No fuera mucho peor

que te hubieras desangrado?

ÁLVARO: Puesto que ya estoy curado,

detenernos será error.

Vámonos, antes que corra

voz de que estamos aquí.

¿Están ahí los otros?

SARGENTO: Sí.

ÁLVARO: Pues la fuga nos socorra

del riesgo de estos villanos,

que, si se llega a saber

que estoy aquí, habrá de ser

fuerza apelar a las manos.

***Sale REBOLLEDO***

REBOLLEDO: La justicia aquí se ha entrado.

ÁLVARO: ¿Qué tiene que ver conmigo

justicia ordinaria?

REBOLLEDO: Digo,

que hasta aquí ha llegado.

ÁLVARO: Nada me puede a mí estar  
mejor, llegando a saber  
que estoy aquí, y no temer  
a la gente del lugar;  
que la justicia es forzoso  
remitirme en esta tierra  
a mi consejo de guerra;  
con que, aunque el lance es penoso,  
tengo mi seguridad.

REBOLLEDO: Sin duda se ha querellado  
el villano.

ÁLVARO: Eso he pensado.

***Dentro***

ESCRIBANO: Todas las puertas tomad,  
y no me salga de aquí  
soldado que aquí estuviere;  
y al que salirse quisiere,  
matadle.

***Salen Pedro CRESPO con vara, el ESCRIBANO, y los que puedan***

ÁLVARO: Pues, ¿cómo así  
entráis? Mas... ¿qué es lo que veo?

CRESPO: ¿Cómo no? A mi parecer  
la justicia ha menester  
más licencia, a lo que creo.

ÁLVARO: La justicia, cuando vos  
de ayer acá lo seáis,  
no tiene, si lo miráis,  
que ver conmigo.

CRESPO: Por Dios,  
señor, que no os alteréis;

que sólo a una diligencia  
vengo, con vuestra licencia,  
aquí, y que solo os quedéis  
importa.

*A los soldados*

ÁLVARO: Salíos de aquí.

*Al ESCRIBANO y los otros*

CRESPO: Salíos vosotros también.

*Al escribano*

Con esos soldados ten  
gran cuidado.

ESCRIBANO: Harélo así.

*Vanse [el ESCRIBANO, los soldados, y los labradores]*

CRESPO: Ya que yo, como justicia,  
me valí de su respeto,  
para obligaros a oírme,  
la vara a esta parte dejo,  
y como un hombre no más  
deciros mis penas quiero.

*Arrima la vara*

Y puesto que estamos solos,  
señor don Álvaro, hablemos  
más claramente los dos  
sin que tantos sentimientos  
como tiene encerrados  
en las cárceles del pecho  
acierten a quebrantar  
las prisiones del silencio.  
Yo soy un hombre de bien;  
que a escoger mi nacimiento,  
no dejara, es Dios Testigo,

un escrúpulo, un defecto  
en mí, que suplir pudiera  
la ambición de mi deseo.  
Siempre acá entre mis iguales  
me he tratado con respeto.  
De mí hacen estimación  
el cabildo y el concejo.  
Tango muy bastante hacienda,  
porque no hay, gracias al cielo,  
otro labrador más rico  
en todos aquestos pueblos  
de la comarca. Mi hija  
se ha criado, a lo que pienso,  
con la mejor opinión,  
virtud y recogimiento  
del mundo. Tal madre tuvo  
--téngala Dios en el cielo!--  
...Bien pienso que bastará,  
señor, para abono de esto,  
el ser rico, y no haber quien  
me murmure, ser modesto,  
y no haber quien me baldone;  
y mayormente viviendo  
en un lugar corto, donde  
otra falta no tenemos  
más que decir unos de otros  
las faltas y los defectos;  
y pluguiera a Dios, señor,  
que se quedara en saberlos.  
Si es muy hermosa mi hija,

díganlo vuestros extremos,  
aunque pudiera, al decirlos,  
con mayores sentimientos  
llorar. Señor, ya esto fue  
mi desdicha. No apuremos  
toda la ponzoña al vado;  
quédese algo al sufrimiento.  
No hemos de dejar, señor,  
salirse con todo al tiempo;  
algo hemos de hacer nosotros  
para encubrir sus defectos.  
Éste ya veis si es bien grande,  
pues aunque encubrirle quiero,  
no puedo; que sabe Dios,  
que a poder estar secreto  
y sepultado en mí mismo,  
no viniera a lo que vengo;  
que todo esto remitiera,  
por no hablar, al sufrimiento.  
Deseando pues remediar  
agravio tan manifiesto,  
buscar remedio a mi afrenta,  
es venganza, no es remedio;  
y vagando de uno en otro,  
uno solamente advierto,  
que a mí me está bien y a vos  
no mal; y es, que desde luego  
os toméis toda mi hacienda,  
sin que para mi sustento  
ni el de mi hijo, a quien yo

traeré a echar a los pies vuestros,  
reserve un maravedí,  
sino quedarnos pidiendo  
limosna, cuando no haya  
otro camino, otro medio  
con que poder sustentarnos.

Y si queréis desde luego  
poner una S y un clavo  
hoy a los dos y vendernos,  
será aquesta cantidad  
más del dote que os ofrezco.

Restaurad una opinión  
que habéis quitado. No creo,  
que desluzcáis vuestro honor  
porque los merecimientos,  
que vuestros hijos, señor,  
perdieren, por ser mis nietos,  
ganarán con más ventaja,  
señor, con ser hijos vuestros.

En Castilla, el refrán dice  
que el caballo--y es lo cierto--  
lleva la silla. Mirad,

***Híncase de rodillas***

que a vuestros pies os lo ruego  
de rodillas y llorando  
sobre estas canas que el pecho,  
viendo nieve y agua, piensa,  
que se me estás derritiendo.  
¿Qué os pido? Un honor os pido,  
que me quitasteis vos mesmo;



y con ser mío, parece,  
según os lo estoy pidiendo  
con humildad, que no os pido  
lo que es mío, sino vuestro.  
Mirad, que puedo tomarle  
por mis manos, y no quiero,  
sino que vos me los deis.

ÁLVARO:     (¡Ya me falta el sufrimiento!)     **Aparte**

Viejo cansado y prolijo,  
agradeced que no os doy  
la muerte a mis manos hoy,  
por vos y por vuestro hijo;  
    porque quiero que debáis  
no andar con vos más crüel  
a la beldad de Isabel.  
Si vengar solicitáis  
    por armas vuestra opinión,  
poco tengo que temer;  
si por justicia ha de ser,  
no tenéis jurisdicción.

CRESPO:     ¿Que en fin no os mueve mi llanto?

ÁLVARO:     Llantos no se han de creer  
de viejo, niño y mujer.

CRESPO:     ¿Que no pueda dolor tanto  
mereceros un consuelo?

ÁLVARO:     ¿Qué más consuelo queréis,  
pues con la vida volvéis?

CRESPO:     Mirad que echado en el suelo  
mi honor a voces os pido.

ÁLVARO: ¡Qué enfado!

CRESPO: Mirad que soy  
alcalde en Zalamea hoy.

ÁLVARO: Sobre mí no habéis tenido  
jurisdicción. Es consejo  
de guerra enviará por mí.

CRESPO: ¿Es eso os resolvéis?

ÁLVARO: Sí,  
caduco y cansado viejo.

CRESPO: ¿No hay remedio?

ÁLVARO: El de callar  
es el mejor para vos.

CRESPO: ¿No otro?

ÁLVARO: No.

CRESPO: Pues, ¡juro a Dios,

*[Levántase y] toma la vara*  
que me lo habéis de pagar!

¡Hola!

*Salen el ESCRIBANO y los villanos*  
ESCRIBANO: ¿Señor?

ÁLVARO: ¿Qué querrán  
estos villanos hacer?

ESCRIBANO: ¿Qué es lo que manda?

CRESPO: Prender  
mando al señor capitán.

ÁLVARO: ¡Buenos son vuestros extremos!  
Con un hombre como yo,  
en servicio del Rey, no  
se puede hacer.

CRESPO: Probaremos.

De aquí, si no es preso o muerto,  
no saldréis.

ÁLVARO: Yo os apercibo  
que soy un capitán vivo.

CRESPO: ¿Soy yo acaso alcalde [tuerto]?  
Daos al instante a prisión.

ÁLVARO: (No me puedo defender **Aparte**  
fuerza es dejarme prender.)  
Al Rey de esta sinrazón  
me quejaré.

CRESPO: Yo también  
de esa otra; y aun bien que está  
cerca de aquí, y nos oirá  
a los dos. Dejar es bien  
esa espada.

ÁLVARO: No es razón,  
que...

CRESPO: ¿Cómo no, si vais preso?

ÁLVARO: Tratad con respeto.

CRESPO: Eso  
está muy puesto en razón.

### ***Al ESCRIBANO***

Con respeto le llevad  
a las casas en efeto  
del concejo, y con respeto  
un par de grillos le echad  
y una cadena, y tened  
con respeto gran cuidado,  
que no hable a ningún soldado.  
Y a todos también poned

en la cárcel, que es razón,  
y aparte, porque después  
con respeto a todos tres  
les tomen la confesión.

***Aparte a don ÁLVARO***

Y aquí, para entre los dos  
si hallo harto paño, en efeto  
con muchísimo respeto  
os he de ahorcar, ¡juro a Dios!

ÁLVARO: ¡Ah, villanos con poder!

***Llévanle preso. Vanse. Salen REBOLLEDO, la CHISPA, el ESCRIBANO y CRESPO***

ESCRIBANO: Este paje, este soldado,  
son los que mi cuidado  
sólo ha podido prender;  
que otro se puso en huida.

CRESPO: Éste el pícaro es que canta.  
Con un paso de garganta  
no ha de hacer otro en su vida.

REBOLLEDO: ¿Pues qué delito es, señor,  
el cantar?

CRESPO: Que es virtud siento,  
y tanto, que un instrumento  
tengo en que cantéis mejor.  
Resolveos a decir...

REBOLLEDO: ¿Qué?

CRESPO: ...cuanto anoche pasó...

REBOLLEDO: Tu hija, mejor que yo  
lo sabe.

CRESPO: ...o has de morir.

CHISPA: Rebolledo, determina

negarlo punto por punto;  
serás, si niegas, asunto  
para una jacarandina  
que cantaré.

CRESPO:                   ¿A vos, después,  
quién otra os ha de cantar?

CHISPA:     A mí no me pueden dar  
tormento.

CRESPO:               Sepamos, pues,  
por qué.

CHISPA:               Esto es cosa asentada,  
y que no hay ley que tal mande.

CRESPO:     ¿Qué causa tenéis?

CHISPA:               Bien grande.

CRESPO:     ¡Decid, cuál!

CHISPA:               Estoy preñada.

CRESPO:     (¿Hay cosa más grande?     **Aparte**  
Mas la cólera me inquieta.)

¿No sois paje de jineta?

CHISPA:     No, señor, sino de brida.

CRESPO:     Resolveos a decir  
vuestros dichos.

CHISPA:               Sí, diremos  
y aún más de los que sabemos;  
que peor será morir.

CRESPO:     Eso excusará a los dos  
del tormento.

CHISPA:               Si es así,  
pues para cantar nací,  
he de cantar, ¡vive Dios!

*Cantan*

"¡Tormento me quieren dar!"

REBOLLEDO: "Y, ¿qué quieren darme a mí?"

CRESPO: ¿Qué hacéis?

CHISPA: Templar desde aquí

pues que vamos a cantar.

*Vanse. Sale JUAN*

JUAN: Desde que al traidor herí  
en el monte, desde que  
riñendo con él, porque  
llegaron tantos, volví  
la espalda, el monte he corrido,  
la espesura he penetrado,  
y a mi hermana no he encontrado.  
En efecto, me he atrevido  
a venirme hasta el lugar  
y entrar dentro de mi casa,  
donde todo lo que pasa  
a mi padre he de contar.  
Veré lo que me aconseja  
que haga, cielos, en favor  
de mi vida y de mi honor.

*Salen ISABEL e INÉS*

INÉS: Tanto sentimiento deja;  
que vivir tan afligida,  
no es vivir, matarte es.

ISABEL: Pues, ¿quién te ha dicho, ¡ay Inés!,  
que no aborrezco la vida?

JUAN: Diré a mi padre... ¡ay de mí!  
¿No es ésta Isabel? Es llano,  
pues, ¿qué espero?

*Saca la daga*

INÉS:                            ¡Primo!

ISABEL:                        ¡Hermano!

¿Qué intentas?

JUAN:                        Vengar así  
la ocasión en que hoy has puesto  
mi vida y mi honor.

ISABEL:                        ¡Advierte!...

JUAN:        Tengo de darte la muerte,  
¡viven los cielos!

*Sale Pedro CRESPO [con la vara]*

CRESPO:                        ¿Qué es esto?

JUAN:        Es satisfacer, señor,  
una injuria, y es vengar  
una ofensa, y castigar...

CRESPO:        Basta, basta; que es error  
que os atreváis a venir...

JUAN:        (¿Qué es lo que mirando estoy?) **Aparte**

CRESPO:        ...delante así de mí hoy,  
acabando ahora de herir  
en el monte un capitán.

JUAN:        Señor, si le hice esa ofensa,  
que fue en honrada defensa  
de tu honor.

CRESPO:                        ¡Ea, basta, Juan!  
¡Hola!

*Salen los labradores*

¡Llevalle también  
preso!

JUAN:                        ¿A tu hijo, señor,  
tratas con tanto rigor?

CRESPO: Y aun a mi padre también  
con tal rigor le tratara.  
(Aquesto es asegurar **Aparte**  
su vida, y han de pensar  
que es la justicia más rara  
del mundo.)

JUAN: Escucha por qué.  
Habiendo un traidor herido,  
a mi hermana he pretendido  
matar también...

CRESPO: Ya lo sé.  
Pero no basta sabello  
yo como yo, que ha de ser  
como alcalde, y he de hacer  
información sobre ello;  
y hasta que conste, qué culpa  
te resulta del proceso,  
tengo de tenerte preso.  
(Yo le hallaré la disculpa.) **Aparte**

JUAN: Nadie entender solicita  
tu fin, pues sin honra ya  
prendes a quien te la da,  
guardando a quien te la quita.

*Llévanlo preso [a JUAN]*  
CRESPO: Isabel, entra a firmar  
esta querrela que has dado  
contra aquél que te ha injuriado.

ISABEL: ¿Tú, que quisiste ocultar  
nuestra ofensa, eres ahora  
quien más trata publicarla?



Pues no consigues vengarla,  
consigue el callarla ahora.

CRESPO:       Que ya que, como quisiera  
me quita esta obligación,  
satisfacer mi opinión  
ha de ser de esta manera.

***Vase [ISABEL]***

Inés, pon ahí esa vara;  
pues que por bien no ha querido  
ver el caso concluido,  
querrá por mal.

***Dentro***

LOPE:               ¡Para, para!  
CRESPO:       ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy  
se apea en mi casa así?  
Pero, ¿quién se ha entrado aquí?

***Sale don LOPE***

LOPE:       ¡Oh, Pero Crespo! Yo soy,  
que volviendo a este lugar  
de la mitad del camino  
donde me trae--imagino--  
un grandísimo pesar,  
no era bien ir a apearne  
a otra parte, siendo vos  
tan mi amigo.

CRESPO:           ¡Guárdeos Dios!  
Que siempre tratáis de honrarme.

LOPE:       Vuestro hijo no ha parecido  
por allá.

CRESPO:       Preso sabréis  
la ocasión. La que tenéis,

señor, de haberos venido,  
me haced merced de contar;  
que venís mortal, señor.

LOPE: La desvergüenza es mayor  
que se puede imaginar.  
Es el mayor desatino  
que hombre ninguno intentó.  
Un soldado me alcanzó  
y me dijo en el camino...  
¡Que estoy perdido, os confieso,  
de cólera!...

CRESPO: Proseguí.

LOPE: ...que un alcaldillo de aquí  
al capitán tiene preso;  
y, ¡voto a Dios!, no he sentido  
en toda aquesta jornada  
esta pierna excomulgada  
si no es hoy, que me ha impedido  
el haber antes llegado  
donde el castigo le dé.  
¡Voto a Jesucristo, que  
al grande desvergonzado  
a palos le he de matar!

CRESPO: Pues habéis venido en balde;  
porque pienso que el alcalde  
no se los dejará dar.

LOPE: Pues dárselos sin que deje  
dárselos.

CRESPO: Malo lo veo;  
ni que haya en el mundo creo

quien tan mal os aconseje.

¿Sabéis por qué le prendió?

LOPE: No; mas sea lo que fuere  
justicia la parte espere  
de mí; que también sé yo  
degollar si es necesario.

CRESPO: Vos no debéis de alcanzar,  
señor, lo que en un lugar  
es un alcalde ordinario.

LOPE: ¿Será más de un villanote?

CRESPO: Un villanote será  
que, si cabezudo da,  
en que ha de darle garrote,  
¡par Dios!, se salga con ello.

LOPE: No se saldrá tal, ¡par Dios!,  
y si por ventura vos,  
si sale o no, queréis vello,  
decidme dó vive o no.

CRESPO: Bien cerca vive de aquí.

LOPE: Pues a decirme vení  
quién es el alcalde.

CRESPO: Yo.

LOPE: ¡Voto a Dios, que lo sospecho!

CRESPO: ¡Voto a Dios, como os le he dicho!

LOPE: Pues, Crespo, lo dicho dicho.

CRESPO: Pues, señor, lo hecho hecho.

LOPE: Yo por el preso he venido  
y a castigar este exceso.

CRESPO: Pues yo acá le tengo preso  
por lo que acá ha sucedido.

LOPE:           ¿Vos sabéis que a servir pasa  
                  al Rey, y soy su juez yo?

CRESPO:       ¿Vos sabéis que me robó  
                  a mi hija de mi casa?

LOPE:           ¿Vos sabéis que mi valor  
                  dueño de esta causa ha sido?

CRESPO:       ¿Vos sabéis cómo atrevido  
                  robó en un monte mi honor?

LOPE:           ¿Vos sabéis cuánto os prefiere  
                  el cargo que he gobernado?

CRESPO:       ¿Vos sabéis que le he rogado  
                  con la paz y no la quiere?

LOPE:           Que os entráis no es bien, se arguya,  
                  en otra jurisdicción.

CRESPO:       Él se me entró en mi opinión  
                  sin ser jurisdicción suya.

LOPE:           Yo os sabré satisfacer  
                  obligándome a la paga.

CRESPO:       Jamás pedí a nadie que haga  
                  lo que yo me pueda hacer.

LOPE:           Yo me he de llevar el preso;  
                  ya estoy en ello empeñado.

CRESPO:       Yo por acá he sustanciado  
                  el proceso.

LOPE:                        ¿Qué es proceso?

CRESPO:       Unos pliegos de papel,  
                  que voy juntando, en razón  
                  de hacer la averiguación  
                  de la causa.

LOPE:                        Iré por él

a la cárcel.

CRESPO:                    No embarazo  
que vais, solo se repare  
que hay orden que al que llegare  
le den un arcabuzazo.

LOPE:                    Como a esas balas estoy  
enseñado yo a esperar...  
(Mas no se ha de aventurar     **Aparte**  
nada en el acción de hoy.)  
¡Hola, soldado!

***Sale un SOLDADO***

Id volando,  
y a todas las compañías  
que alojadas estos días  
han estado y van marchando  
decid que bien ordenadas  
lleguen aquí en escuadrones,  
con balas en los cañones  
y con las cuerdas caladas.

SOLDADO 1:        No fue menester llamar  
la gente; que habiendo oído  
aquesto que ha sucedido  
se ha entrado en el lugar.

LOPE:                    Pues, ¡voto a Dios!, que he de ver  
si me dan el preso o no.

CRESPO:                Pues, ¡voto a Dios!, que antes yo  
haré lo que se ha de hacer!

***Éntranse. Tocan cajas y dicen dentro***

LOPE:                    Ésta es la cárcel, soldados,  
adonde está del capitán.

Si no os le dan al momento,  
poned fuego y la abrasad.  
Y si se pone en defensa  
el lugar, todo el lugar.

ESCRIBANO: Ya, aunque rompan la cárcel,  
no le darán libertad.

LOPE: ¡Mueran aquestos villanos!

CRESPO: ¿Que mueran? Pues, ¿qué? ¿No hay más?

LOPE: Socorro les ha venido.  
¡Romped la cárcel, llegad,  
romped la puerta!

***Salen el REY, don LOPE y los soldados, Pedro CRESPO, y los villanos. Todos se descubren***

REY: ¿Qué es esto?  
Pues, ¿de esta manera estáis  
viniendo yo?

LOPE: Ésta es, señor,  
la mayor temeridad  
de un villano, que vio el mundo.  
Y, ¡vive Dios!, que a no entrar  
en el lugar tan aprisa,  
señor, Vuestra Majestad,  
que había de hallar luminarias  
puestas por todo el lugar.

REY: ¿Qué ha sucedido?

LOPE: Un alcalde  
ha prendido un capitán  
y viniendo yo por él  
no le quieren entregar.

REY: ¿Quién es el alcalde?

CRESPO: Yo.

REY: ¿Y qué disculpas me dais?

CRESPO: Este proceso, en que bien  
probado el delito está,  
digno de muerte por ser  
una doncella robar,  
forzarla en un despoblado  
y no quererse casar  
con ella, habiendo su padre  
rogádole con la paz.

LOPE: Éste es el alcalde, y es  
su padre.

CRESPO: No importa en tal  
caso; porque, si un extraño  
se viniera a querellar,  
¿no había de hacer justicia?  
Sí. ¿Pues qué más se me da  
hacer por mi hija lo mismo  
que hiciera por los demás?  
Fuera de que, como he preso  
un hijo mío, es verdad  
que no escuchara a mi hija,  
pues era la sangre igual.  
Mírese, si está bien hecha  
la causa; miren, si hay  
quien diga que yo haya hecho  
en ella alguna maldad,  
si he inducido algún testigo,  
si está algo escrito demás  
de lo que he dicho, y entonces

me den muerte.

REY: Bien está  
sustanciado. Pero vos  
no tenéis autoridad  
de ejecutar la sentencia  
que toca a otro tribunal.  
Allá hay justicia, y así  
remitid al preso.

CRESPO: Mal  
podré, señor, remitirle;  
porque, como por acá  
no hay más que sola una audiencia,  
cualquier sentencia que hay  
la ejecuta ella; y así  
ésta ejecutada está.

REY: ¿Qué decís?

CRESPO: Si no creéis  
que es esto, señor, verdad,  
volved los ojos y vello.  
Aqueste es el capitán.

***Aparece dado garrote en una silla don ÁLVARO***

REY: Pues, ¿cómo así os atrevisteis?

CRESPO: Vos habéis dicho que está  
bien dada aquesta sentencia,  
luego esto no está hecho mal.

REY: ¿El consejo no supiera  
la sentencia ejecutar?

CRESPO: Toda la justicia vuestra  
es sólo un cuerpo no más;  
si éste tiene muchas manos,



decid, ¿qué más se me da  
matar con aquesta un hombre  
que esta otra había de matar?  
¿Y qué importa errar lo menos  
quien acertó lo demás?

REY:       Pues ya que aquesto sea así,  
¿por qué, como a capitán  
y caballero, no hicisteis  
degollarle?

CRESPO:       ¿Eso dudáis?  
Señor, como los hidalgos  
viven tan bien por acá,  
el verdugo que tenemos  
no ha aprendido a degollar;  
y ésa es querella del muerto,  
que toca a su autoridad,  
y hasta que él mismo se queje,  
no les toca a los demás.

REY:       Don Lope, aquesto ya es hecho,  
bien dada la muerte está;  
no importa error lo menos  
quien acertó lo demás.  
Aquí no quede soldado  
alguno, y haced marchar  
con brevedad; que me importa  
llegar presto a Portugal.

**[A CRESPO]**

Vos, por alcalde perpetuo  
de aquesta villa os quedad.

CRESPO:       Sólo vos a la justicia

tanto supierais honrar.

***Vanse el REY [y su acompañamiento, soldados, y labradores]***

LOPE: Agradeced al buen tiempo

que llegó Su Majestad.

CRESPO: ¡Par Dios!, aunque no llegara

no tenía remedio ya.

LOPE: ¿No fuera mejor hablarme,

dando el preso y remediar

el honor de vuestra hija?

CRESPO: Un convento tiene ya

elegido y tiene esposo

que no mira en calidad.

LOPE: Pues dadme los demás presos.

CRESPO: Al momento los sacad.

***Salen REBOLLEDO y la CHISPA***

LOPE: Vuestro hijo falta; porque

siendo mi soldado ya,

no ha de quedar preso.

CRESPO: Quiero

también, señor, castigar

el desacato que tuvo

de herir a su capitán;

que, aunque es verdad que su honor

a esto le pudo obligar,

de otra manera pudiera.

LOPE: Pero Crespo... ¡bien está!

Llamadle.

***Sale JUAN***

CRESPO: Ya él está aquí.

JUAN: Las plantas, señor, me dad;

que a ser vuestro esclavo iré.

REBOLLEDO: Yo no pienso ya cantar  
en mi vida.

CHISPA: Pues, yo sí,  
cuantas veces a mirar  
llegue al pasado instrumento.

CRESPO: Con que fin el autor da  
a esta historia verdadera.  
Los defectos perdonad.

**FIN DE LA JORNADA TERCERA**

**FIN DE LA COMEDIA**